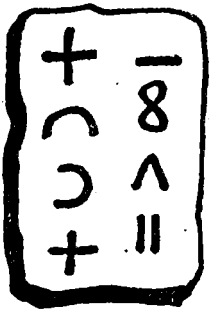
STUDIORUM
CANARIENSIUM
INSTITUTUM



REG.SANCTI
FERDINANDI
UNIVERSITATIS

RESULTADOS DE DOS ENCUESTAS DIALECTALES EN MASCA

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

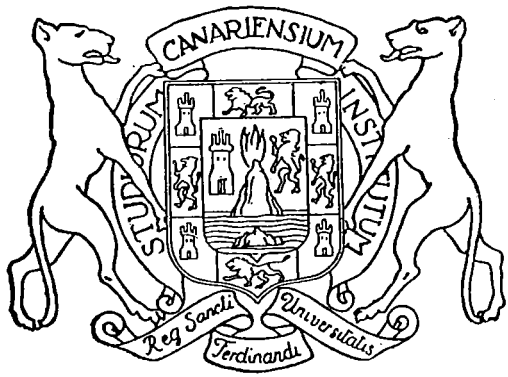
MONOGRAFÍAS

SECCION VI: FILOLOGÍA

VOLUMEN XXV (1.º DE LA SECCIÓN VI)

RAMÓN TRUJILLO

RESULTADO DE DOS ENCUESTAS DIALECTALES EN MASCA



INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
LA LAGUNA DE TENERIFE
1970

DEPÒSITO LEGAL: M. 10.692-1970

SUCS. DE RIVADENEYRA, S. A. - ONÉSIMO REDONDO, 26 - MADRID-8

Presentamos en estas páginas los resultados de dos encuestas dialectales realizadas en el caserío de Masca. La primera se hizo con motivo de una excursión en compañía de amigos no lingüistas, y dio, sin embargo, buenos frutos en cuanto a vocabulario y recogida de materiales en general, ya que, además, se hicieron grabaciones en cinta magnetofónica, de las que me sirvo para contrastar con apuntes tomados «in situ».

La segunda encuesta es muy reciente —ha transcurrido poco más de un mes entre la recogida de materiales y la redacción de estas notas— y además en esta ocasión se ha realizado en compañía de especialistas. La presencia en estos tres días de encuesta últimos de un dialectólogo de la categoría de mi maestro, el profesor G. Salvador, y de un discípulo suyo, el profesor A. Lorenzo, me ha permitido contrastar debidamente mis notas con las suyas y discutir con amplitud los aspectos dudosos que pudo presentar la recogida de materiales. Así pues, con la doble garantía de la recogida contrastada y de la comparación con los materiales de la encuesta de 1967, que nunca servirán para desautorizar a estos nuevos, sino para reafirmarlos, pretendemos hacer una exposición en la que la base objetiva se corresponda lo más fielmente posible con la realidad y que no esté teñida, como ocurre a veces, de subjetivismos, pues de nada sirve una correcta clasificación si los datos de que se parte no reflejan sin deformación alguna la realidad.

He preferido, siguiendo el ejemplo del profesor Salvador en su *Encuesta en Andiñuela*,[1] usar una denominación adecuada a las circunstancias, en lugar de la tradicional «El habla de...» que, a juzgar por su sentido, supone un análisis exhaustivo y una presen-

[1] En AO XV, 1965, pp. 190-255.

tación «total» de una lengua funcional determinada. Dado, precisamente, lo limitado de un cuerpo de datos obtenidos en tan poco tiempo y el relativo desconocimiento de ciertos aspectos de la lengua funcional examinada —los aspectos morfosintácticos y semánticos—, sólo puede, honestamente, hacerse una presentación de los materiales conseguidos, intentando, de camino, una interpretación de los mismos. Eso y no otra cosa pretende ser este trabajo. Ni siquiera deseamos volcar aquí todo lo que ha quedado registrado en nuestros cuestionarios ni en nuestras cintas magnéticas. Ordenados previamente los materiales en sencillos esquemas clasificadores, hemos procedido a conservar para la exposición sólo aquellos que se manifiestan como indicios de fenómenos generales y sirven, por tanto, para conocer el «sistema» de la lengua funcional estudiada. Exponer una larga lista de fenómenos inconexos y no dar razón de ellos es algo que no debe seguirse practicando ya. No se trata de aportar poco o mucho —sobre la base, naturalmente, de la calidad—, sino de *interpretar el sentido de los datos presentados*. Sin este carácter crítico, de poco o de nada sirve la presentación. Por eso, al intentar aquí interpretar unos pocos hechos observados, tratando de hallar su justificación en el sistema que los cobija, no pretendemos fabricar el modelo que deba seguirse en el análisis de los datos de las encuestas lingüísticas, sino simplemente recordar que no basta con presentar datos, olvidando que éstos lo son dentro de un orden determinado que les presta el ser y que es, en definitiva, lo que hemos de investigar.

No tiene, pues, nuestra exposición carácter exhaustivo. Sólo nos ocuparemos de lo que posea interés desde el punto de vista del funcionamiento general: nuestra consideración tenderá siempre a ser global. (Claro es que no significa esto que desechamos todo aquello que no interesa a nuestros propósitos y que sólo conservamos lo que viene a probar una hipótesis estructuralista fabricada «a priori». Todo lo contrario. Nos vamos a interesar casi únicamente por todo lo que se refiera a la integración de *todos* los hechos dentro del sistema.)

Como nuestra visión quiere ser global y desarrollarse sin romper los límites de la lengua funcional considerada, sólo esporádicamente haremos referencia a fenómenos relativos a lenguas funcionales

diferentes, en la creencia de que mezclar datos procedentes de sistemas diferentes sin tener en cuenta este hecho y sin una idea clara de los problemas de arquitectura lingüística, es metodológicamente inaceptable.

La localidad

Aunque los masqueros llaman *pueblo* a su propia comunidad, se trata realmente de varios grupos de casas dispersos que no sobrepasan los 300 habitantes en conjunto. Los «barrios» de Masca son Lomo de Masca, Lomo del Medio, La Piedra, El Turrón y La Bica, según el orden con que se los encuentra el que llega desde Santiago del Teide.

Masca es, pues, un grupo de caseríos de unos 300 habitantes en total, situado en el lado occidental del triángulo insular de Tenerife. Pertenece al municipio de Buenavista, con el que sólo mantiene las escasas relaciones oficiales, debido seguramente a la distancia y a lo difícil del camino. (Una simple vereda hasta El Palmar, a muy pocos kilómetros de Buenavista, y de ahí en adelante, carretera.) Casi las únicas relaciones se mantienen con la localidad de Santiago del Teide, situada a unos pocos kilómetros, junto a la carretera que desde Icod de los Vinos comunica el norte de la isla con el sur.

A pesar de la cortísima distancia que separa a Masca de Santiago del Teide, el acceso a nuestra pequeña localidad resulta francamente difícil. Lo mismo que con respecto a Buenavista, entre Masca y Santiago no hay carretera, a pesar de que la obra no sería excesivamente costosa. De esta manera, el desnivel de unos 400 metros —entre unos 1.000 metros en la «degollada» del Cherfe y unos 600 en el Lomo de Masca— unido a la falta de una vía adecuada, hacen difícil el paso por este camino, terriblemente pendiente, que en unos pocos kilómetros salva tamaño desnivel.

Desde El Cherfe, punto más alto, donde se divisa ya Masca y se ve aún Santiago del Teide, se tiene la impresión de que el pequeño caserío está metido en el fondo de un pozo. En efecto, por todos lados, menos por el del mar en que las montañas se apartan un poco para permitir escasamente la contemplación de La Gomera,

se alzan verdaderas paredes rocosas que desde abajo producen una penosa sensación de ahogo, limitación y encierro.

A juzgar por lo que cuentan los masqueros viejos, el pueblo conoció mejores tiempos, en los que abundaba el agua y eran ricas las cosechas. Tenía entonces, según nos cuenta el alcalde pedáneo señor Pérez, más de 600 habitantes y había baile y se recitaban romances los domingos. Pero ya no quedan jóvenes en el pueblo. El agua no es tampoco tan abundante —las «galerías» practicadas al otro lado de la montaña se llevan una gran parte—, pero aún es suficiente. Lo que ocurre es que la falta de comunicación encarece los productos y ya no vale la pena producir más que lo que se consume. Tal circunstancia hace de este pequeño pueblo un mundo que se basta a sí mismo, pero incapaz de cualquier esfuerzo de superación. Uno se pregunta cómo sigue la gente aferrándose a sus cuatro peñascos sin decidirse a abandonarlos definitivamente.

El nivel cultural es naturalmente de analfabetismo o de semianalfabetismo. De nada sirve que haya una escuela mixta[1] en el lugar. La pobreza, la falta de perspectivas, la incomunicación y hasta la falta de luz eléctrica se dan la mano contra toda posible vida del espíritu.

La incomunicación adquiere sus matices más sombríos con la falta de médico y de cementerio (no digamos de cura, que nadie parece echar de menos). Cuando alguien se muere debe ser transportado cuesta arriba por aquella difícil vereda a hombros de sus familiares y amigos.

Si elegí este pequeño pueblo para hacer estas encuestas fue precisamente pensando en su aislamiento. Un lugar así debía presentar inéditos materiales y conservar inmutables los modos de habla de la época de su poblamiento. Nada más falso, sin embargo. A primera vista el habla de Masca en nada difiere de las demás hablas rústicas de la isla. Bien es verdad que hay zonas yeístas y que ésta no lo es; que aquí se oye casi siempre muy nítida [-ɾ] final de palabra o de sílaba y que en otros lugares se oye muy relajada o confundida con [l], etc. pero lo cierto es que ninguna

[1] Desde el año 1927, como el único teléfono.

característica de esta habla le es exclusivamente propia. Si lo que buscamos es algo nuevo, algo no descrito aún, no tenemos nada que hacer aquí, ni probablemente en ningún otro pueblo de la isla. Lo único que podemos hacer con los materiales recogidos es intentar describirlos e interpretarlos, tratando de entenderlos no en función de tal o cual variedad dialectal de la Península o de Hispanoamérica, ni en conexión con esta o aquella expresión latina. No olvidemos que con decir que tal término es un portuguesismo o que cual otro es un arcaísmo no se ha resuelto nada. Es necesario decir primero qué es aquí y en esta lengua funcional: cómo se comporta y para qué sirve.

Por eso, si al principio elegimos el lugar por lo apartado, luego nos hemos quedado con él porque cualquiera es bueno para el propósito lingüístico, siempre que nos anime el deseo científico de descubrir y explicar unos hechos.

Cuestiones metodológicas

En el caso de los estudios que tienen por objeto la lengua en su funcionamiento, recogida de labios de los hablantes, ha llegado un momento en que resulta más importante a veces un replanteamiento metodológico que una nueva aportación de materiales, sobre todo si se tiene en cuenta que empieza uno a sentirse abrumado por la abundancia de éstos y, si no por la sospecha de su inutilidad, al menos por la ignorancia de lo que pueda hacerse con ellos.

No pretendemos hacer ahora tal replanteamiento, sino intentar, a modo de ensayo, explicarnos desde la misma lengua funcional que estudiamos (y no desde otras ya estudiadas o desde el latín) una serie de hechos, en los que, por razones que expondremos, hemos decidido detener nuestra atención.

Hablaremos, pues, someramente del método, en el que no podemos menos de reconocer tres fases:

a) *La encuesta.* Para la fase de encuesta hemos decidido sujetarnos a la disciplina del cuestionario, que tiene sobre la recogida anárquica dos ventajas entre muchas. La primera, que se termina

por ganar la confianza del sujeto; y la segunda, que se conocen siempre, o se pueden reconstruir, las circunstancias en que se dio cada respuesta.

El cuestionario utilizado ha sido el que ha preparado nuestro más experto dialectólogo, el profesor M. Alvar, para el Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias. Aunque mi propósito es muy otro, he creído que habría de servir, dado que no me propongo ningún análisis exhaustivo de una lengua funcional ni de un aspecto determinado de la misma, sino pescar en mi red una cierta cantidad de materiales válidos científicamente —esto es, debidamente obtenidos y contrastados—, y para ello es más que suficiente este cuestionario. No nos proponemos obtener a priori unos materiales que posean unas características determinadas, sino examinar los que resulten atrapados en la red, dedicando nuestra atención a ciertos hechos y descuidando, de momento, otros.

Una vez ganada la confianza de los sujetos y, por lo tanto, conseguida su espontaneidad, hemos hecho funcionar nuestro magnetófono durante parte de las entrevistas, con lo que se han podido añadir a los cuestionarios ya rellenados unas tres horas de grabación, altamente valiosa porque ha servido para corroborar o desechar definitivamente algunas apreciaciones efectuadas sobre la marcha.

Las preguntas se han hecho siempre indirectamente con el fin de no influir sobre los sujetos, determinando o condicionando las respuestas. Así, aunque no es probable la confusión fonológica en el sujeto, que no oye más fonemas que los que maneja, puede serlo en el investigador que oye con su sistema propio y puede sentirse inclinado a considerar a un mero alófono como fonema o viceversa. Pero la confusión más temible es la de tipo léxico, ya que el sujeto puede devolver un término desconocido porque lo ha escuchado al investigador. Con todo, basta un poco de agudeza para comprobar si efectivamente el término pertenece o no a la lengua funcional del sujeto.

Las mismas falsas interpretaciones, paralelas a las fonológicas, pueden darse en el nivel del contenido, ya que tanto el sujeto como el investigador tienden a colocarse respectivamente en el

seno de las estructuras que manejan, con lo que cada uno termina oyendo lo que posee en sí mismo e ignorando lo que el otro ha dicho realmente. Conviene, para evitar esta clase de errores, tan comunes que no han sido suficientemente advertidos, contrastar debidamente los significados y establecer el campo semántico en el que funcionan y las propiedades combinatorias de cada elemento, con lo que la forma de contenido puede quedar bien al descubierto. Esto supone que los cuestionarios han de ser elaborados de forma que permitan indagar las formas oponiéndolas a otras hipotéticas de su mismo campo semántico. No me basta con enterarme de que existe el término *casa* y que significa 'casa', sino cuáles son sus límites con otras unidades que puedan recortar parte de su significado, como *choza*, y cuáles son sus relaciones mutuas.

b) *La preparación.* Hecha la encuesta, he procedido a la extracción de los materiales contenidos en los cuestionarios y en las cintas magnéticas, elaborando un fichero general de vocabulario, que contiene todas las variantes oídas y la referencia al sujeto o sujetos que las suministraron.

c) *La síntesis.* Consta ésta de dos fases: selección e interpretación. Hacemos previamente una selección de materiales. A pesar de lo incompleto de la recogida, procedemos a una nueva reducción. Y no es que desechemos definitivamente determinados datos, sino simplemente que no van a ser objeto de estudio en esta ocasión, aunque pueda alguna vez echar mano de ellos con cualquier fin.

No va a ser éste un estudio de un sistema en su totalidad, sino de algunos hechos *a la luz del sistema en que se dan* y no, como ya hemos advertido, en relación con hablas diferentes, ni mucho menos con la lengua madre. Pero, ¿a qué hechos vamos a limitarnos? Pues simplemente, a una serie de «desviaciones» con respecto a la norma de la lengua general principalmente en el plano fonológico, dado que son tales «desviaciones» lo primero que llama la atención y lo primero que parece pedir justificación.

Claro es que cuando se habla de «anomalías» se suele estar pensando en otro sistema diferente, con respecto al cual las tales lo son. «Anomalías» y «fenómenos esporádicos», es decir, no integrados en ciertas «regularidades» formales (materiales), han de tener su justificación desde el punto de vista del sistema de referencia.

No son los fenómenos esporádicos el escándalo del sistema, sino muy por el contrario, muestras de lo que es factible según sus principios funcionales, aunque los procedimientos normales suelan ser otros.

Añadimos, además, un planteamiento muy somero de cuestiones semánticas, casi siempre aisladas, por la misma razón antes expuesta de la no exhaustividad de este trabajo.

No pretendemos, sin embargo, elaborar una miscelánea de curiosidades de un habla local, sino, por el contrario, buscar el puesto de tales «curiosidades» en la descripción de la lengua funcional y de su funcionamiento. Tratamos de evitar el «aluvión» de hechos lingüísticos o la simple «clasificación», que en sí no es más que un orden, y un orden sólo parece válido siempre que permita explicar lo ordenado, y sólo en tales condiciones.

De la misma manera que no basta con ordenar, tampoco basta con exponer lo ordenado. Como hemos dicho más arriba, lo que sobra son materiales más o menos bien ordenados, y lo que falta es saber qué hacer con ellos. Porque ¿qué sacamos con enterarnos de que tal o cual forma se da en esta o en aquella habla o que procede de uno u otro término latino, ni con exponer todos nuestros resultados dentro del esquema neogramático de la Gramática Histórica, si olvidamos que el valor de cualquier elemento depende exclusivamente de su papel en la lengua funcional en cuestión? Y que conste que no queremos decir con esto que no interese comparar nuestros datos con los de otras hablas ni descubrir el proceso etimológico de cada término: Todo lo contrario. Lo que sobra es la consideración etimológica en una descripción sincrónica (a no ser que sirva para hacer ver algún aspecto dinámino del funcionamiento actual), o la cita o aportación de materiales de otras hablas si el objeto de la descripción es una lengua funcional determinada. Cabe, por el contrario, y es imprescindible, en un estudio comparativo de estructuras, o como base contrastativa para establecer la estructura funcional de un sistema determinado, la comparación con otras lenguas funcionales. Pero esto es ya algo diferente de lo que aquí nos proponemos.

Cabe también utilizar materiales procedentes de distintas lenguas funcionales si lo que se persigue es analizar los hechos de arqui-

tectura lingüística, en virtud de los cuales sistemas parcialmente diferentes se engarzan formando el cuerpo heterogéneo de la lengua histórica. Lo que no cabe es amontonar referencias sin más a otros dialectos o hablas.

Y cabe, por último, la consideración etimológica si lo que se pretende es estudiar la formación y origen de la lengua funcional considerada y entonces unas veces habrá que remontarse al latín y otras a diversas fases del romance, según los casos.

Creemos, por último, que no cabe otra perspectiva que la estructuralista en estudios de este tipo. El estructuralismo supone la superación de toda consideración atomista del lenguaje. Desde Saussure sabemos que ningún elemento lingüístico concebido aisladamente posee sentido alguno y que incluso su aspecto material, fonético, no es tampoco una realidad en sí, sino igualmente el resultado de la presencia simultánea de otros elementos en el seno de un sistema. A estas alturas resulta ya fuera de lugar todo estudio que prescinda de la verdadera realidad integral de la lengua.

Sin embargo, las actitudes estructuralistas, obsesionadas por demostrar una y otra vez el funcionamiento de la lengua como estructura, han solido caer en una tendencia a la simplificación esquemática[1], que no corresponde muchas veces a la realidad o que no resulta aplicable más que a unos pocos casos ejemplares. No se trata, desde luego, de encajar la realidad lingüística en bonitas explicaciones estructurales, fabricadas de antemano y sobre la base de unos pocos ejemplos, sino de tratar de explicar los hechos concretos con que nos enfrentamos en función de la realidad total en que aparecen circunscritos.

Los sujetos

En la segunda encuesta he utilizado cuatro sujetos, que citaré P, B, F, J. En la primera utilicé un único sujeto, que designaré con G. Veamos sus características:

[1] Vid. Diego Catalán, *Dialectología y estructuralismo diacrónico*, en «Estructuralismo e historia». La Laguna, 1962, vol. III, pp. 69-80.

Sujeto P.—José Pérez González, de setenta y dos años, soltero y natural de Masca, como sus padres. Es agricultor y alcalde pedáneo del lugar. Sabe leer aunque no ha estado en la escuela. Hizo el servicio militar en la isla de La Palma y estuvo en Cuba hace más de cincuenta años. Este hecho no lo descalifica como informador, en primer lugar porque su estancia en aquel país es ya remota y en segundo lugar porque la inmensa mayoría de los varones de cierta edad han estado en Cuba o en Venezuela y las influencias americanas que ellos puedan haber aportado deben ser ya generales en el habla del lugar.

Tiene una dentadura pasable y es un informador solícito y bastante inteligente. Estuvo presente casi siempre durante las encuestas, cuando se interrogaba a otros sujetos, y sirvió en muchos casos para precisar alguna respuesta o para contrastar algún dato.

Sujeto B.—Bernarda Díaz y Díaz, de setenta y un años, soltera y natural de Masca, también como sus padres. Se dedica, como la mayoría, a las faenas agrícolas y ha vivido prácticamente toda su vida en el lugar. Nunca ha salido de Tenerife y sólo ha estado en Buenavista, Los Silos, Los Cristianos, Candelaria y Santa Cruz. No es informador inteligente y a menudo cuesta hacerle comprender lo que se quiere de ella; pero suple su defecto con lo mucho que sabe de las cosas del pueblo y de las tradiciones viejas (sabe de memoria gran cantidad de romances). Tiene dentadura incompleta y habla a veces muy de prisa.

Sujeto F.—Francisco González Dorta, de ochenta y cinco años, viudo, natural de Masca y dedicado como los otros a la agricultura. Sus padres eran de Masca. Hizo el servicio militar en Tenerife y estuvo en Cuba hace más de cincuenta años. No ha estado en la escuela y apenas sabe leer. Se trata de un sujeto bastante rústico —en Cuba también trabajó en el campo— que representa la modalidad antigua del habla insular, ya inexistente en los más jóvenes. Es un sujeto inteligente y le complace responder a nuestras preguntas. No tiene dientes.

Sujeto J.—Juan Pérez Hernández, de cuarenta y dos años, natural de Masca como sus padres y casado con mujer del mismo lugar. Ha estado en la escuela y sabe leer. Sólo estuvo en Las Pal-

mas para hacer el servicio militar. No tiene la dentadura completa y es, de todos los sujetos, el que pronuncia con más frecuencia [θ] postdentales. Es algo sordo y quizá tenga que ver su sordera con la pérdida de *d* en *-ado, -ada* (dice *capao, maná*), vigente seguramente aún en su infancia: su defecto físico lo ha mantenido al margen de la restauración de la *-d-*.

Sujeto G.—José González Pérez, de sesenta años, natural de Masca como sus padres, soltero y agricultor. Ha estado en la escuela y sabe leer y escribir. Ha pasado mucho tiempo en Venezuela, de donde regresó hace unos diez años. Hay en su léxico muchos americanismos. Es una persona muy inteligente y que se hace perfectamente cargo de lo que se quiere de él. Particularmente en lo que atañe a las distinciones semánticas en el campo del léxico, su ayuda ha sido muy valiosa. Fue el sujeto utilizado en la encuesta de 1967 y, lamentablemente, no pudimos verlo de nuevo en la segunda encuesta porque se había ausentado del pueblo. Su dentadura está completa.

Cuando la información proceda de alguna otra persona que esporádicamente haya intervenido en la encuesta se referirá a X.

FONÉTICA Y FONOLOGÍA

El sistema vocálico

Como en la mayoría de las hablas hispánicas, carecen aquí también de valor fonológico las variantes abiertas y cerradas de las vocales. Y aun las cinco distinciones vocálicas generales de la lengua parecen resultar excesivas en estas hablas donde lo reducido del léxico tiende a disminuir el rendimiento fonológico, ya de por sí bajo en el español[1] y particularmente en el campo vocálico.

De esta suerte el poder distintivo de las cinco distinciones vocálicas parece limitarse en gran medida al caso de la posición

[1] No hay más que ver la difusión de fenómenos como el yeísmo o el seseo, que implican un «abaratamiento» del sistema.

tónica y en segundo lugar a las posiciones internas átonas. La prueba de esto parece vislumbrarse en el fondo de los siguientes hechos:

a) Casi no existe la confusión en lo que respecta a la vocal tónica: los desplazamientos se producen siempre dentro del margen de seguridad fonológico y en circunstancias de las que luego hablaremos. Los casos de confusión vocálica tónica que hemos encontrado son muy pocos. Dos de ellos presentan claramente una «transgresión» de la frontera fonológica: [*arénv*] 'harina'[1] y [*li̯ngwv*] 'lengua'. El primero crea, además, un problema de colisión homonímica con *arena*, término vigente en la localidad, mientras el segundo con su [*i̯*] casi [*e̜*] no presenta problema alguno. Como, por otra parte, también he oído [*harínv*], puede pensarse que la realización [*e̜*] no ha llegado a ser perturbadora hasta tiempos muy recientes, en que ha empezado a cundir la supresión de *h-* (a veces, incluso, procedente de /x/). Sin embargo, es muy probable que la realización [*arínv*] y la realización también con [*i*] de [*harínv*], sea debida a la influencia de la lengua general y que la forma popular fuese antes [*arénv*], apoyada por el parecido físico de las sustancias de contenido.

De los demás casos de confusión vocálica tónica, [*r̄ę*^{h}*kál̥do*] 'rescoldo', y [*ṣelę*^{h}*trál̥v*] 'se le estrella, se le aplasta', son cruces: *rescaldar* o *escaldar* + *rescoldo* y *estallar* + *estrellar;* [*ṣárnv*] y [*ṣérnv*], ambas para 'sarna', representan una alternancia que no parece poderse explicar etimológicamente, aunque sincrónicamente la ausencia de otro *serna* en esta habla puede permitir la confusión. Hay, por último, un caso de polimorfismo basado en la vocal tónica, [*mérlo*] y [*mírlo*] (seguramente occidental el primero y castellano el segundo), que no tiene interés, sobre todo si se tiene en cuenta que la forma con *i* no es la usual en la localidad.

b) Son frecuentes, en cambio, las confusiones y divergencias con respecto al español normal (y las alternancias, que suponen un sentimiento de duda) cuando se trata de vocales átonas protónicas y, en especial, de la vocal átona de la sílaba inicial. Dudas

---

[1] También he recogido [*arínv*].

en la protónica interna son francamente raras[1], y en la postónica sólo dos ejemplos, cultismos ambos[2].

Bien es verdad que la mayoría de los casos o su totalidad pueden explicarse de diversas maneras: la influencia de una yod, dialectismo, arcaísmo, analogía, etc. Lo que nos importa aquí es que sea posible este margen de variabilidad y no las causas de cada variación concreta: desde el momento en que el sistema permite la variabilidad, ésta se produce bajo las más diversas presiones: y lo mismo da que sea conservando una vocal arcaica que modificando una vocal de la que no se tiene plena seguridad. Y debe notarse que, en general, la vacilación vocálica observada es grande en sílaba átona, y particularmente, como hemos visto, en sílaba átona inicial. Desde el momento en que se le insiste dudando al sujeto, suele vacilar en lo que se refiere a átonas de sílaba inicial sobre todo en palabras largas, con lo que el margen de redundancia fonológica es alto.

Sin embargo, la confusión o la alternancia no se producen indiscriminadamente, sino que siguen unas pautas determinadas que hacen pensar en procesos de neutralización o, mejor dicho, en tendencias hacia ésta, ya que de hecho la neutralización no tiene representación material en archifonemas definidos, salvo el caso de las vocales átonas en sílaba final, que en estas hablas de inventario léxico reducido son sólo /a/, /e/, /o/, como en el castellano patrimonial.

En cuanto a las vocales átonas de sílaba final no hay problema, porque el castellano, desde su origen, resolvió la cuestión del bajo rendimiento fonológico con la neutralización de las oposiciones e/i y o/u, representadas por los archifonemas /E/ y /O/. Y esto es lo que encontramos en Masca, donde sólo parecen posibles /e/, /o/, /a/ en sílaba final átona, como es probable que ocurra en todas las hablas rústicas españolas.

La casi invariabilidad —más allá de los límites del fonema— de la vocal protónica interna llama la atención frente a la mayor

---

[1] Tenemos tres ejemplos: [*pẹriŋkḗŋ*], [*barƀəkī́ŋ*] y [*kabos̑inv*].

[2] [*diφíṣil*] ~ [*diφíṣẹl*] y [*loṣ-áʰtrə̑ʰ*], 'los astros'.

variabilidad de la protónica inicial. Quizá se deba, simplemente, a la menor abundancia de protónicas internas.

Todo esto parece indicar que la irrelevancia fonológica de las vocales átonas se sitúa en los extremos —principio y fin— de la palabra[1], aunque hay que señalar una diferencia notable entre lo que ocurre en una u otra posición, pues mientras en la final cabe hablar efectivamente de archifonemas, ya que siempre se da un solo representante para cada pareja opositiva, en posición inicial sólo puede hablarse de tendencia a la neutralización y aun de neutralización —se da la irrelevancia necesaria—, pero no desde luego de archifonemas, ya que no existe una realización única o conjunta para cada pareja, sino simplemente la posibilidad de sustituir un fonema por otro sin que el sentido varíe y sin que la unidad semántica resulte inidentificable. Cabría hablar a lo sumo de archifonemas sin realización normal fijada, representables por los dos miembros de la pareja neutralizada.

Tenemos así, según nuestros datos, los siguientes archifonemas para la sílaba inicial átona:

a) Archifonema E-I: [*dịṣjérto*], [*ihtjérkoḷęh*] (influencia de la yod siguiente), [*dihpwéh*] (influencia del wau), [*ẹhnvrtár*] (confusión de prefijos *in-~eʰ-*), [*kehádv*] (arcaísmo), [*ṣekvtrị*] (también [*ṣikvtríʰ*] en G.), [*senr̄ítvn*] (prefijación), [*hilvƀőŋ*] (de *[*ihlaƀőŋ*] o *[*ehlvbőŋ*]). El hecho de que, como es natural, todas las formas tengan explicación no quiere decir nada, porque esta explicación entra dentro de la otra «explicación» y sólo es posible gracias a ella: en esta posición el rendimiento fonológico de las oposiciones vocálicas es bajísimo y los choques homonímicos bastante improbables, por lo cual los desplazamientos son permitidos por el sistema. Ahora bien, el hecho de que los desplazamientos no se produzcan al garete sino que sigan determinadas rutas indica, a su vez, que operan aquí principios sistemáticos provenientes de la estructura misma del sistema fonológico.

Es de notar, por último, que la irrelevancia de la oposición e/i se representa tanto por [*e*] como por [*i*], de suerte que en nuestros

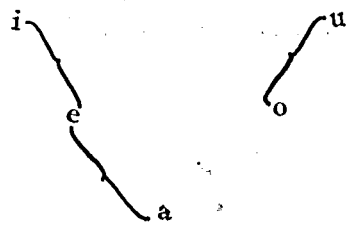
---

[1] Como en el caso de la oposición *r/r̄*.

ejemplos, la mitad tiene [*e*] en lugar de [*i*], y la otra mitad [*i*] en lugar de [*e*].

b) Archifonema /O-U/: [*ṣu̯ʰtənér*], [*u̯ƀę́:hv*], [*ṣu̯ʰtənsjṓŋ*], [*r̄uyéndɔ*], [*ṣu̯ʰtḗŋ*], [*ṣumję́l*], [*l̯uƀiʰnā́ndɔ*], [*pur̄ṓŋ*]. Hay que observar aquí que la elección es siempre en favor de la forma más cerrada y no a la inversa. Como en el caso anterior, parece señalar esto un hecho de neutralización fonológica, que tiende a expresarse por la vía de la confusión vocálica dentro de los órdenes palatal y velar.

c) Hay, por último, bastantes casos de confusión a-e: [*aɹƀeákv*], [*belár*], [*bar̄ƀə̀kíŋ*], [*arjạ́l*], [*aŋkwéṇtrv*], [*aṇtṓⁿsə̀*], [*ansív*], [*laṇtéhv*], [*laŋgáṇv*], [*eṇtóhɔ*], [*eŋkvnsív*], [*elƀar̄ákɔ*]. Muchas de estas formas, como es bien sabido, están documentadas en otras hablas[1] y algunas, incluso, poseen gran difusión. Lo importante para nosotros no son, en este momento, las causas que han dado lugar a cada forma en particular, sino el hecho de que en estas hablas más o menos aisladas y empobrecidas, no sometidas al imperio de la norma culta, la variabilidad de la vocal átona de la sílaba inicial es muy amplia, pero corre dentro de los cauces que acabamos de señalar, indicando hechos de sistema, al fijar los principios de la neutralización: o — u, i — e, e — a. Lo cual no quiere decir que no se den en otros sentidos[2], sino que son muy raros fuera de los casos señalados. Este hecho parece apuntar hacia un intento sistemático de crear vías para la neutralización:



[1] Además hay que tener en cuenta que casi todas estas formas, y las citadas en los dos apartados anteriores, suelen alternar con otras del castellano normativo. Estamos ante casos de polimorfismo.

[2] Tres ejemplos tenemos de o⟷a [*ę̀ʰkalvφríɔ*], [*aƀvníl̯ɔ*] 'lobanillo', y [*φóφaro*] 'cerilla', y otros tres de o⟷e, [*koləmbrínv*], frente a [*kolɔmbrína*] 'golondrino', [*loṣ-áʰtrə̀ʰ*] 'los astros' y [*molokɔtṓŋ*] 'melocotón'.

Esto quiere decir que en la lengua funcional de Masca existen cinco distinciones fonológicas vocálicas en sílaba tónica y tres en sílaba átona inicial o final:

Tónicas en cualquier posición		Atonas iniciales		Atonas finales	
i	u	I-E	O-U	E	O
e	o				
		A-E		a	
a					

En el caso de las átonas iniciales, los archifonemas /I-E/, /O-U/ y /A-E/ carecen de norma de realización definida. El sistema permite las alternancias citadas, pero no existe ninguna norma general para su realización. (Aunque quizá pudiera hablarse de *norma* en casos como e > a condicionado por nasal implosiva, de e > i, condicionado por yod subsiguiente, etc.).

En sílaba final átona, los archifonemas /E/ y /O/ tienen realizaciones normales estables ([e], [ẹ] para /E/ y [u], [o], [ọ] para /O/), pero no existe, como en el caso de las iniciales, archifonema /A-E/, debido al carácter morfemático que suele tener en tal posición el fonema /a/, frenándose así todo posible desplazamiento hacia la representación morfemática neutra que supone /e/. Se cruza, pues, aquí un hecho de morfonología que puede representarse así:

E
cero

O
— (negativo)

a
+ (positivo)

Con lo cual, toda posibilidad de nuevos desplazamientos y confusiones queda rígidamente prohibida. La variabilidad de las realizaciones de estos archifonemas finales /E/, /O/, tiende a seguir

la dirección contraria a /a/, de manera que aunque sean frecuentes las realizaciones abiertas [ɐ̯] y [ɒ̯] para el plural (seguidas de -*h*), se encontraron con harta frecuencia en tales casos también las realizaciones cerradas, lo cual indica que su valor morfemático (cero, +, —) sólo se limita al género (en el caso de /*O*/), mientras la representación del número se logra por otros procedimientos ([*siŋkoáɲo*], *F.*). De esta manera, parecen ser hechos morfológicos los que han determinado la norma de realización de los archifonemas /I-E/ y /O-U/ en posición final y, en el plano del sistema, la inexistencia de un archifonema /A-E/, posible, por el contrario, en posición inicial, donde no existe la presión de tales hechos.

La norma: Realizaciones de los fonemas y archifonemas vocálicos

Independientemente de sus propiedades fonológicas, vamos a anotar aquí las realizaciones normales de los fonemas y archifonemas vocálicos.

La A.

Tanto en posición tónica como átona, presenta una realización media, normal, semejante a la castellana: [*káṣv*], [*muž̊áš̊o*], [*ṣáðvna*] (B), [*áž̊v*], [*kwátro*] (F), [*ṣeðáðv*], [*belár*] (P), [*ɐ̯ʰtráḷv*] (G), [*aðanvðɒ̯ŕ*], [*ɐ̯ʰkalvφrío*] (B), [*maguḷár*] (P), [*laháŋgulaʰ*] (B), etcétera.

En posición átona interior, junto a un acento principal se presenta normalmente relajada, sin perder casi nunca su sonido característico. Con todo, en posición final absoluta, la hemos oído alguna vez fuertemente relajada y casi ensordecida: [*káða ðeṣino tenía ṣu moḷínon ṣu káṣᵛ*] (B), [*larínᵛ*] (B), [*laʰðrá:ṣᵛ*] (B), [*pɐ́rš̊ᵛ*] (B) [1].

La variante velar de /*a*/ se da, aunque no con la frecuencia que en

[1] Ante una relajada final, /*š̊*/ presenta siempre realización completamente sorda.

otros lugares[1], y, desde luego, con frecuencia se trata de un matíz muy poco perceptible. Aparte de los grupos [*ạu̯*], [*ạo*] y [*ạl*] en que a veces se percibe la velarización (aunque no, desde luego, de una manera constante), hemos encontrado una [*ạ*] marcadamente velarizada, tanto tónica como átona, en contacto con la aspiración [*h*], [*ɦ*], trabada por ella o no: [*pạ́hv̇*] (B), [*lạʰmaháƀv̯ŋ*] [2], [*almɔ-hạ́đv*] (B) [*táblv̇ʰ*] (P), [*kwạ́hɔ*] (B), [*kwạhạ́đv*] (B), [*deƀạ́hɔ lv̇ʰ mā́nɔ*] (B), [*ẹʰpvn̥tạ́:hɔ*], [*lu̯ʰpạ́hv̇ro*], [*laʰ mãnihv̇ʰ*], [*laʰ pạ́ɦv̇ʰ*], [*aƀạ́hɔ*], [*mạ́ʰkv*] (F). Con todo, la velarización producida por la aspiración es con mucha frecuencia poco perceptible o inexistente. Esta baja tendencia a la velarización nos hace pensar de nuevo en los casos de neutralización fonológica /e-a/, de que ya hemos hablado, frente a la ausencia de confusiones /a-o/, lo que no significa que fonéticamente la /a/ tienda más a la palatalización, rarísima en Masca[3], sino que los márgenes de variabilidad son muy pequeños.

Trabada por *-l* la *a* no suele presentar una velarización muy marcada, salvo en contados casos. Entre velar y *-l*, sin embargo, se oye a veces una [*ạ*] claramente velar: [*φoɡạ́l*], [*r̄ẹʰkạ́ḷdɔ*] (B). También la hemos oído muy clara entre la bilabiodental y *-l*: [*φạ́lṣɔ*] (B).

Una [*ä*] palatalizada la hemos oído en contacto con una consonante, una semiconsonante o una vocal palatal, y siempre en posición final átona de monema: [*lạʰgan̥v̯*] 'las cañas', [*límpjv̯*], [*únv-ŝi̯ʰpv̯əφwégɔ*], [*lén̥v̯ƀrẹ́ṣɔ*] (B), [*ẹ́ʰ-elálƀv̯əl dív*] 'es el alba del día' (F). En un caso la influencia palatalizadora parece provenir de la vocal tónica de la sílaba anterior: [*la ke hírv̯*] 'la que gira' (F).

---

[1] Vid. Alvar:, *El español hablado en Tenerife*, Madrid, 1959, párr. 5. En adelante citaremos *Tenerife*.

[2] Transcribimos [ɦ] en los casos en que la aspiración se oye totalmente sonorizada. Los casos de sonorización parcial, mucho más comunes, los transcribimos como sordos [h], sin olvidar que, sobre todo entre vocales, la aspiración se sonoriza en parte.

[3] En Taganana y La Laguna he oído [*ä*] influida por una [*i*] o una yod.

La E

Esta vocal y la /o/ son en nuestra lengua las que ofrecen un mayor margen de variabilidad debido a su grado medio de abertura y a la falta de valor fonológico de las modalidades abiertas y cerradas (con la excepción, claro está, de las vocales del andaluz oriental). Frente a la baja variabilidad de /a/ por un lado y de /i/ y /u/ por otro, nos encontramos aquí con diferencias de timbre claramente perceptibles. Junto a una [*e*] media, semejante a la castellana no abierta, nos encontramos en Masca con una variante bastante cerrada, [*ẹ*], y una variante abierta [*ę*]. Con todo, la abertura de esta última no alcanza ni con mucho la de la [*ę*] abierta del andaluz.

Encontramos la [*ę*] abierta de una manera casi constante, como señala Alvar,[1] en contacto anterior o posterior con la aspirada faríngea o trabada por ella, tanto en posición tónica como átona: [*tręh-almúđə*] (P), [*paṣértrạ́hə̂*] 'para hacer trajes', [*đę^{h}pwę́^{h}*] (B), [*aṇtó:ṣə̂^{h}*] (P), [*hę́ṇtə*] (a pesar de la nasal), [*ę^{h}térv*], [*ę^{h}r̄i^h-káđv*], [*dę́hvn-*] (B), [*tręhokwá:tro*], [*eŋkǫ^{h}tálə̂^{h}*], [*bu̯hę́ro*], [*dę^h-pwé^h*], [*únv ƀę́:^{h}*], [*enū́nihę́njo*] (F), [*mu̯hę́rə̂*] (B).

Sin embargo, no son raros los casos de [*ẹ*] cerrada o de [*e*] media en idénticas condiciones y aun en las mismas palabras y por los mismos sujetos, lo cual indica el carácter poco firme de esta norma de realización: [*ẹ^{h}pwę́^{h}*] (B) (que quizá se explique por la presencia de la otra forma muy frecuente [*dį^{h}pwę́^{h}*] (P), [*đe^{h}pwę́^{h}*], [*đẹ^{h}pwę́^{h}*], [*ẹ^{h}térv*] (B) (junto a [*ę^{h}térv*] (B), [*tehę́rv*], [*de^{h}pwę́^{h}*], [*kohę́rəlino*], [*enṣę́^{h}tv^h*], [*diántə̀^{h}*], [*tihę́rv̀^{h}*] (B). La tendencia a realizar el archifonema /E/ como [*ẹ*] en posición final, sobre todo absoluta, es tan grande que suele darse esta variante cerrada en contacto con la *-h*, marca del plural, y aun cuando ésta resulta inexistente: [*lǫ^h ǥwáṇs̄ə̀^{h}*] (P), [*koḷárə̀^{h}*], [*loṣ-árƀolẹ*] [*loṣ-ómbrə̀*], [*paṇtvlónə̀*] (B). Esto indica la ausencia total de relación entre la abertura vocálica y la marca morfológica del número.

Trabada por consonante que no sea nasal se oye una /e/ que oscila entre la media y la abierta, pero sólo en pocos casos —aparte

---

[1] *Tenerife*, párr. 6.

de los de *-h*— se oye una [*ę*] francamente abierta, como en estos ejemplos en que aparece trabada por líquida: [*lǫ ṣę́rđo*], [*úna pę́rŝv*] (B), [*ṣeƀwę́lƀə*] (F). En sílaba libre acentuada aparece a veces una [*ę*] abierta, sin que resulte clara la causa: [*lansvđę́rv*] (B), [*paṣę́:lvṣéđv*] (P), [*la ṣę́đv*], [*arnę́roʰ*], [*φwę́rv*] (B), [*mą́h-eṇtę́rv̇ʰ*], [*la pję́đrv*], [*lwę́go*], [*por-elmę́đjo*], [*ṣe lə mę́tənel ƀu̯hę́ro*] (F), [*alkáƀolmę́:*], [*ṣę́kv*], [*yeṇdǫ́hotrę́ʰ mę́ṣəʰ*] (F), [*únv ŝakę́tv*] (B). Observando estos ejemplos, da la impresión de que se trata de hechos de armonía vocálica, pues en muchos casos hay [*a*] o vocal abierta en las sílabas del entorno fónico. En otros, la [*ę́*] se encuentra en el extremo abierto de diptongo creciente, lo cual podría ser su explicación. Sólo en [*por-elmę́đjo*] no parece explicarse por estas razones, aunque siempre desde el punto de vista del sistema quedan justificadas como alófonos dentro del margen de seguridad fonológico.

La [*e*] media se da en toda posición[1] aunque preferentemente en sílaba libre, sin olvidar la tendencia a la cerrazón en posición final átona.

La [*ẹ*] cerrada es una variante muy frecuente que tiende a darse, en la norma, *en sílaba libre acentuada* (incluso, a veces, como hemos visto, en contacto con la aspirada faríngea), *trabada por nasal* y, como relajada, *en posición átona final.*

a) En sílaba libre acentuada: [*mađę́rv*] (P), [*elseṇtę́:nọ*], [*la ẹ́ra*], [*u̯ʰtę́điṣə*], [*trę́ṣ-ǫ́hv̇ʰ*], y luego [*tréṣ-ę́ƀrv*], [*ę́:ŝv*] (B), [*ę́ẑo*] (P), [*eṇtrə mę́đjo*] (B) (frente al [*por-el mę́đjo*] que comentábamos más arriba), [*ę́ṣo*], [*konlę́ṇv*], [*úneʰtę́rv*], [*lę́ṇṇƀrę́ṣo*], *kaʰtvṇę́ro*], [*ęʰtrę́l̥vʰ*], [*el sombrę́ro*] (B). Debe notarse como significativo el hecho de que estas [*ẹ*] cerradas se hallan siempre en contacto con dental, alveolar o palatal.

En sílaba libre sin acento y no final no encontramos nunca [*ẹ*].[2]

Tampoco encontramos [*ẹ*] tónica o átona no final trabada por consonante a no ser que lo esté por nasal o en alguno de los pocos

---

[1] Ya hemos dicho que en sílaba trabada, si no es por *-h*, suele ser muy poco perceptible la abertura.

[2] El caso de [*pẹrəŋkę́ŋ*] (P) no sirve de mucho, ya que se trata de sílaba inicial y que las [*ẹ*] cerradas están en serie armónica.

casos ya comentados en que aparece trabada por la aspirada faríngea. Pero en estos últimos casos se trata siempre de las consecuencias de la alternancia *i-e* en sílaba inicial, dependiente de la neutralización de las palatales: [*dẹʰpwẹ́ʰ*], [*elẹʰtjẹ́rko*], [*ẹʰtérv*] (alternancia *-eh~ih-*, casi siempre propiciada por un wau o una yod).

b) En sílaba acentuada trabada por nasal es [*ẹ*] la forma más corriente (la norma), mientras que en sílaba átona oscila entre la forma media y la cerrada. Cerrada: [*pẹrə̀ŋkẽ́ŋ*] (P), [*diφərẹ́ṇtə*], [*lah-ẹṇtjẹ́r̃aŋ*], [*mọmẹ̃́ṇto*] (B); Media: [*elseṇtẹ́:nọ*], [*eṇtrəmẹ́đjo*] (B).

A pesar de todo, [*hẹ́ṇtə*] (B). Igualmente parecen sugerir una tendencia a la abertura formas tan generales del habla vulgar como las que hemos recogido aquí: [*aŋkwéṇtrv*], [*aṇtó:ṣə̃*], [*laṇtéhv*], [*ansív*], [*laŋgáṇv*]. Pero parece evidente que todos estos casos pueden explicarse sin necesidad de recurrir a la nasal.

c) En sílaba átona final libre o trabada por nasal y aun por la aspirada faríngea, encontramos con frecuencia una [*ẹ*] muy cerrada. La norma parece ser [*ẹ*] cerrada en átona final libre o trabada por nasal y [*e*] o [*ẹ*] en los demás casos, aunque la tendencia a la realización cerrada se impone sobre cualquier presión del contorno fónico. En sílaba libre: [*gráṇdə̀*], [*loṣ-árƀolẹ*], [*máʰ hráṇdə̀*], [*loṣ-ómbrə̀*], [*paṇtvlọ́nə̀*], [*ṣálə neláịrə̀*] (B). En sílaba trabada por nasal: [*lah-áƀrə̀ŋ*] (B). En sílaba trabada por la aspirada faríngea: [*lọʰgwáṇs̃ə̀ʰ*] (P), [*áṇtə̀ʰ*], [*kolárə̀ʰ*] (B). Como se trata del dominio del archifonema /E/, las realizaciones pueden presentarse como [*ị*] muy abierta. La preposición «de» presenta realizaciones que oscilan entre [*i*] y [*e*]: [*diáṇtə̀ʰ aṣívṇ đẹkáṇv̀ʰ*], [*diklíŋ*] (B).

De todos modos la [*e*] relajada suele percibirse distintamente salvo los casos en que tiende a confundirse con [*i*]. En posición final absoluta se oye a veces muy relajada y ensordecida: [*diφəréṇtᵊ*] (B), [*bolís̃ᵊ*] (X).

Esporádicamente hemos oído alguna *-e* paragógica, desarrollo vocálico de una *-r* final: [*tehẹ́rə*], [*mẹịhọ́rᵊ*] (B), [*úmbar̃áŋko kəƀạ́lmárə*] (X).

La I

La variabilidad de /i/ es mucho menor que la de /e/ debido a su carácter extremo. Con todo, se percibe una [i̯] bastante abierta en contacto con la aspirada faríngea o trabada por ella,[1] sobre todo bajo el acento: [*akɪmi̯ʰmɔ*], [*i̯ʰtʃɛ́rkɔ*] (B), [*eʰɸahi̯ná:lɔ*], [*di̯ʰpwɛ́ʰ*], [*lakehi̯rɒ*], [*lalaβi̯hɒ*] (F).*

En algunos casos se oye una [i̯] muy abierta, bajo el acento y en sílaba libre: [*ari̯nɒ*], [*i̯ri̯ʰ*]. El caso de [*li̯ŋgwɒ*] debe interpretarse como una [e̯] muy cerrada que ha transgredido los límites del fonema. También hemos recogido un [*si̯*] (afirmativo) con una [i̯] de gran abertura. En el caso de [*i̯ri̯ʰ*] con [i̯] átona muy abierta se trata, simplemente, de que no hay /i/ en sílaba final átona, sino /E/, cuyas realizaciones oscilan entre [e̯] y [ɛ̯].

La O

Las variantes de /o/ oscilan entre formas bastante más cerradas que las cerradas del castellano normal y formas no demasiado abiertas —es desconocida una abertura como la del andaluz— pasando por una [o] media semejante a la castellana.

Las formas más cerradas [o̯] las hemos oído a los más viejos y rústicos. Fuera de estos casos se encuentra [o̯] pero casi nunca [o̯]. Se trata, seguramente, de dos normas en conflicto: se ve claro que la [o̯] tiende —como la *h-* < *F-* — a desecharse por rústica, frente a la norma castellana, cada vez más influyente. Con todo, subsiste una [o̯] normal más cerrada que la castellana, aun en los más jóvenes del pueblo.

Según nuestras notas, la [o̯] cerrada, [o̯], [o̯] (según la distribución de que hemos hablado), se da:

a) En sílaba libre sin acento.

Su mayor frecuencia, en final de monema, donde es norma absoluta: [*kohɛ́rəlino̯*], [*el̯ trigo̯*], [*el seɲté:no̯*] (B), [*ótro̯*], [*pálo̯*]

---

[1] Vid. Alvar, *Tenerife*, párr. 7.

* Por dificultades tipográficas no se señala el acento en la [i̯] tónica.

(F), [*pálö*] (P), [*lǫʰgámpǫ*], [*mịʰmǫ*], [*élǫ*] 'ellos'. [*méðjǫ*] (B), [*ɛʰpvntáhǫ*], [*kargá:lǫ*], [*agǫ́ʰtǫ*], [*el-aráðǫ*] [*baṣjá:lǫ*], [*deyɛ́:r̃ǫ*] (a pesar de *r̃*), [*ṣíŋkǫ*], [*áŋǫ*] (plural),[1] [*miyǫnárjǫ*], [*gránǫ*] (F).

Aunque no con tanta frecuencia, se dan bastantes casos en sílaba átona inicial :[*elnǫ̃bé:lo*] (B), [*mǫlino*] (B y F), [*kǫhí-ðan-*] (B), (a pesar de *-h-*), [*ǫrí:nəʰ*], [*ũᵐmǫ̃mɛ̃ŋto*] (B), [*lųʰpą́hvro*] (F), [*ųðɛ́hv*] (P).

Aparte de estos casos que hemos visto y cuya presencia viene determinada por el sistema —no olvidemos los archifonemas vocálicos en posición átona final o inicial—, hay unos pocos ejemplos de [*ǫ*] cerrada en sílaba interior átona: [*r̃ekǫhíṇnemãŋtvʰ*] (B), [*kaboṣinv*] (B), [*miyǫnárjǫ*] (F), [*almǫháðv*] (P).

b) En sílaba trabada sin acento la [*ǫ*] es rara. Sólo tenemos un ejemplo en posición inicial, [*úᵐ mųŋtǫ́ŋ*] (F), en el que, por otra parte, la realización cae dentro de la representación de /u/: se trata de una realización del archifonema /O-U/ condicionada por las nasales. Dos realizaciones de la preposición «con» aparecen con [*ǫ*]: [*kǫmbákvʰ*], [*kǫnlɛʰkóðv*] (F) tanto en inicial como en interior. No en final.

c) En sílaba libre con acento. Inicial: [*kǫ́həŋ*] (B), [*ǫ́tro*] (P), [*laʰkǫ́svʰ*] (B), [*la pǫ́nənṣǫ́lv*] (B), [*el gǫ́ɸjo*] (F). Media: [*diṣiǫ́šo*] (B), [*masvrǫ́kv*] (F), [*elr̃aʰtrǫ́ho*] (F) (a pesar de *-h-*), [*okvšjǫ́nə*], [*noṣǫ́tro*] (F), [*r̃ekǫ́hə*] (B).

d) En sílaba trabada acentuada los ejemplos se reparten entre la sílaba inicial y final: en el primer caso casi la mitad tienen nasal; en el segundo, todos. Sólo un ejemplo tenemos de sílaba interior, [*agǫ́ʰto*] (F), en que aparece [*ǫ*] a pesar de ir trabada por *-h*, explicable en boca de un sujeto muy rústico y muy anciano, que mantiene la [*ǫ*] muy cerrada del dialecto a toda costa. En sílaba inicial todos los ejemplos presentan [*ǫ*] trabada por líquida o por nasal, y cabe pensar que el acento provoca vivamente la cerrazón, porque encontramos [*ǫ́rkə*] frente a [*ǫrké*] en el mismo sujeto (B). Vemos ejemplos: [*tǫ́rno*] (B), [*ǫ́rno*] (P), [*ṗǫ́rkə*], [*mǫ́ldə*], [*ɸǫ́ndo*], [*mǫ̃ŋtə*] (B), [*trǫ́mpo*] (X). En sílaba final: [*tiṣǫ̃ŋ*], [*maṟ̃ǫ̃ŋ*] (B) (a pesar de *r̃*), [*ũᵐmųŋtǫ̃ŋ*] (F).

---

[1] No hace [*ǫ*] para el plural, aunque suprime la aspiración.

No existe, como hemos dicho, una [ǫ] demasiado abierta, aunque sí una [ǫ] un poco más abierta que la [o] media, que suele aparecer con frecuencia en los casos en que el español normativo da [ǫ]. Y es que donde la cerrada lo es mucho es natural que la abierta no lo sea tanto, sobre todo si se tiene en cuenta que la diferencia no tiene nunca valor fonológico, pues de la misma manera que se encuentran alguna vez formas sin *-h*, como [*pạ́hv̇rɔ*], para el plural, aparecen en el mismo hablante (F) formas como [*áṇǫ*], también para el plural. Lo corriente es, sin embargo, que el plural lleve *-h*, precedida de [ǫ] abierta, aunque con menos frecuencia que [ę] abierta en las mismas circunstancias.

Hemos encontrado una [ǫ] sensiblemente abierta:

a) En sílaba trabada inacentuada inicial y final: [*pǫrkéṣɔrí: nə̃ʰ*] (B) 'porque esos orines', [*tǫʰtár*] (F), [*kǫlg̃á:lvʰ*] (B). Los ejemplos de una [ǫ] claramente abierta son muy escasos: en la mayoría de los casos en que habría que esperar [ǫ] abierta suele haber [o] media, semejante a la castellana. En final átono: [*lǫhđéɔʰ*] (F). El artículo "los" presenta comúnmente la forma [*lǫh*].

b) En sílaba trabada tónica es más frecuente una [ǫ] abierta muy clara. Inicial: [*ǫ́rnɔ*] (B) (pero también [*ǫ́rnɔ*]) (P), [*elsǫ́l*] (B), [*mǫ́ʰtɔ*], [*mǫ́ʰkv*] (P), [*nǫ́rtə*] (B). Final: [*męihǫ́rᵊ*], [*djǫ́ʰ*] (B).

c) En sílaba libre átona aparece, aparte de los casos del español normal, en contacto con la aspiración faríngea o sin ella. Inicial: [*pǫhṹŋ*] (F) 'pues un...'. Encontramos [*φǫnịl*] (B), con una abertura extraordinaria, que no dice nada, porque también tenemos [*φonịl*] (P). Final: [*pjóhǫ*] (plural) (B), [*pạ́hvrǫ*] (plural) (F), [*púṇǫ*] (B).

d) En sílaba tónica libre, los ejemplos de [ǫ] abierta abundan más en sílaba inicial y se dan principalmente en contacto con la aspiración faríngea o con [r̄]: [*kǫ́həṇtáṇtv*] (B) (pero también en el mismo sujeto [*kǫ́həŋ*]), [*ǫ́hv̇ʰ*] (B), [*φǫ́r̄ǫ*] (P), [*dǫ́hɔtréṣ-áṇɔ*] (F), [*yeṇdǫʰ·ɔtrę́ʰ mę́:ṣə̃ʰ*] (F), [*deṣívᵐ mar̄ǫ́n-áṇtə̃*] (B). Con todo, repito, la abertura de /o/ presenta una alternancia [o] ~ [ǫ], en la que es más frecuente la realización primera en la mayoría de los casos que hemos tratado hasta aquí.

La U

Como ocurre con la /i/, la variabilidad de /u/ es pequeña, y, como observa Alvar para otras localidades[1] suele ser ligeramente más abierta que la castellana. La mayor parte de las variantes abiertas tónicas o átonas, se dan en contacto con la aspirada faríngea o trabadas por ella: [*u̯ʰtẹ́ đíṣə*], [*ṣu̯ʰpúṇɔʰ*], [*ṣu̯ʰkáṣvʰ*] (B), [*bu̯hẹ́rɔ*], [*hu̯ṇjɔ*], [*hu̯ljɔ*] (F) *, [*ṣu̯ʰtẽ́ŋ*], [*mu̯hẹ́rə̃*] (B). Encontramos también una [*u̯*] átona claramente abierta en [*lu̯ṣẹ́rɔ*] (F) y en [*ẹʰku̯rəšjẹ́ṇdɔ*] (B). Evidentemente se trata de variantes fonéticas esporádicas. En un caso aparece trabada por [*ṣ*] y muy abierta, como suele serlo con *-h*: [*u̯ṣté*] (B). La [*u̯*] no es otras veces más que una [*ọ*] muy cerrada que ha traspasado los límites: [*pu̯rkə lvlánv*], [*tu̯:éṣɔ*] (B) 'todo eso'.

Diptongos

En los diptongos crecientes se observa a veces una tendencia a la relajación de la semiconsonante, particularmente de [*w*], tras [*gr*] o labial: [*mạ́ʰgrʷeṣí:tv*], [*máʰgrʷé:ṣɔ*] (B) [*ị məφʷi*], [*pʷẹ́:ʰ*] (F) 'después'. El caso de [*pọhṹŋ...*] (F) 'pues un...', que es bastante general en el habla rústica de la isla no se explica sólo por el debilitamiento de la consonante.

También la semiconsonante [*j*] aparece relajada y parcialmente fundida con una [*s*] anterior a la que palataliza ligeramente: [*ẹʰku̯rešjẹ́ṇdɔ*] (B), [*okvšjọ́nə*], [*eŋkoṇdišjónə̃ʰ*], [*dišjémbrə*], [*ṣešjémbrv*] (F). En una ocasión hemos oído una [*r*] vocalizada como una [*j*] muy relajada: [*úṇtʲoṣí:tɔ*] (F).

En los diptongos decrecientes se oye a veces una [*i̯*] muy relajada y abierta: [*ún leƀríyɔ múⁱ gráṇdə̀*], [*pẹ́ⁱnə*], [*ṣálənel -áⁱɹə̀*], [*múⁱ gráṇdəⁱ múⁱ φwẹ́rte*] (B). Alguna vez la vocal no presenta una realización uniforme y parece desarrollar una semivocal: [*mẹⁱhọ́rə*] (B). Hay diptongos por dislocación acentual: [*trái̯ƀaŋ*] (B), [*ẹʰkái̯đv*] (P).

---

[1] *Tenerife*, párr. 9.

* Por dificultades tipográficas no señalamos el acento en la [*u̯*] tónica.

Vocales en contacto

Así como las vocales que no pueden formar diptongo suelen fundirse al entrar en contacto, tanto en el interior de monema como en los límites del mismo, las que pueden formarlo tienden a mantener aquí su independencia, sobre todo en el contacto de vocales pertenecientes a palabras diferentes: [*déṇtrɔđịágwv*] (B), [*di ọ́trɔ*] (P), [*ar̄ibvđịótrɔ*] (F), [*en lv ƀiđv địáṇtə*], [*dióẑɔ*], [*tụéṣɔ*] 'todo eso', [*dịáṇtə̀ʰ*], [*diṣịọ́ŝɔ*], [*la địaƀạ́hɔ*] (B). Parece ser casi constante la excepción de los verbos en -ear, que hacen [*j*] ante [*á*] tónica la *e* temática. Sin embargo, no son raras las realizaciones hiáticas, pues parece existir el sentimiento de la igualdad fonológica de [*i*] y de [*j*]. Así [*gatjáṇdɔ*], pero también [*gatịáṇdɔ*] (B). De la misma manera [*alƀịá:lɔ*] (P), pero [*aṣjáđv*] (B).

Encontramos también [*bjátv*] y [*bịátv*] (B), e incluso [*limpiṇ*].

Las vocales iguales en el contacto de monemas diferentes se simplifican: [*ụʰtẹ́đíṣəlhú:ṣɔ*] (B), [*ọ́ŝɔnwéƀə*] (F), [*larịnv*] (B), [*keƀạ́lmárə*] (X). En el caso de [*a*] + [*e*] o de [*e*] + [*a*] no siempre resulta [*a*] como en las localidades examinadas por Alvar.[1] [*a*] + [*e*] tiene distintas soluciones: [*uneṣtẹ́rv*], [*eḷdelvṣéđəʰđiφərẹ́ṇtə*], [*léṇäƀrẹ́ṣɔ*], [*akéḷv̀ʰđiφərẹ́ṇtə*], [*ŝíʰpäəφwégɔ*] (B), [*yẹʰtápaṣegár*] (F). [*e*] + [*a*] se resuelve normalmente en [*a*], pero también en [*ja*]: [*dịáṇtəʰ*] (B), etc. [*o*] + [*e*] se resuelve en [*o*]: [*mọlinɔn sukáṣᵛ*] (B) [*yáṣomó:lụṣẹ́rɔ*] (F). [*e*] + [*o*] se resuelve en [*io*]: [*dịọ́trɔ*] (P).

El sistema consonántico

En la lengua funcional de Masca hay dieciocho fonemas consonánticos, pues desconocen, como en todo el archipiélago, la oposición funcional s/θ, lo cual obliga a adscribir al fonema /s/ las variantes del tipo [ṣ] o [θ̯] [2], fonéticamente próximas a [θ] caste-

---

[1] *Tenerife*, párr. 11.

[2] Transcribimos así, por necesidades tipográficas, la variante dentointerdental, es decir ceceosa, que tan frecuentemente suele aparecer en zonas de seseo predorsal.

llana. Los demás fonemas del castellano se dan aquí, aunque algunos, pese a presentar una definición estructural semejante a la del castellano, posean materializaciones diferentes (realizados con sustancia fonética diferente). Sin embargo, la confusión de los fonemas castellanos /s/ y /θ/ en uno solo, /s/, provoca una redistribución funcional de los que con éstos guardaban una relación estrecha.

Tomando como base la distribución del sistema que para el castellano presenta el profesor Alarcos Llorach, intentaremos exponer aquí la que parece darse en la lengua funcional que analizamos:

O	+	O	—	—	O	—	O	líquidas O	líquidas O
			φ	*s*				*l*	
m	*b*					*d*	*n*		
			p	*t*					*r* *r̄*
			k		*ŝ*				
	g						*ŋ*		
			h		*y*			*l̨*	

\+ sonoras, — no sonoras, O no pertinencia de la sonoridad.

Como puede verse, /s/ ha escapado del orden palatal para entrar en el dental. Su realización más común es predorsal y no excluye las variantes dentales [s̪] y [θ̪], que se dan frecuentemente sin estar determinadas por el contorno fónico. La reducción del orden palatal a sólo dos fonemas orales, /y/ y /ŝ/ ha influido seriamente en las realizaciones de ambos: [ŝ] (o [ŝ]) y [ẑ]), frente a una [y]

en ocasiones muy abierta, casi [*i̯*]. El fonema /x/ del castellano es aquí /h/, realizado siempre [*h*] o [*ɦ*] de manera idéntica a la variante implosiva, [-*h*], de /s/, tolerada por la diferente distribución de ambos fonemas.[1]

Hemos anotado /φ/ en lugar de /f/, atendiendo a la realización normal y constante bilabiodental.

Anotamos, por último, la pertinencia de la sonoridad o de su ausencia y su no pertinencia, porque en el caso de las palatales orales nos parece que debe tenerse en cuenta, ya que la ausencia en este orden de /s/, ha suprimido la vigencia fonológica de este rasgo, lo cual, como veremos, explica ciertos hechos de realización fonética.

A las líquidas las dejamos tal como están en el sistema castellano, ya que no parece advertirse en la localidad aún la tendencia a sentir como binaria la relación y/*l̯* (no lateral/lateral, paralela a r/l), ni la subsiguiente tendencia a la neutralización.

Como vimos que ocurría con las vocales y como ocurre en todas las hablas rústicas sobre las que no pesa la norma de la lengua culta y donde el vocabulario es tan reducido que hace aumentar la redundancia fonológica más allá de los límites admisibles, las confusiones consonánticas abundan, particularmente en las palabras largas —de muchos fonemas— y de poco uso (sin hablar de las confusiones que proceden de una tendencia a la neutralización). Así: [*arƀulágɒ*] (B), [*alƀulága*] (P), [*alhurágɒ*] (G), [*ahurágɒ*] (G); [*mi̯ʰpəro*] (P), [*ni̯ʰpəro*] (id); [*toṣɪlạ́ɔ*], [*torsɪlạ́ᵈɔ*] (B); [*ilár*], [*hilár*], [*gilár*] (B); [*ṣalmwérɒ*], [*ṣalmwélɒ*] (B); [*graʰtár*] (J), [*kraʰtár*] (G), [*traʰtár*] (J), [*kaʰtár*] (J); [*ṣagɪhwélɒ*] (J) [*ṣahɪgwélɒ*] (B), [*muršjégɒno*] (J), [*amurǫjégɒno*] (J), [*almurṣjégɒlo*] (B), [*almurṣjégɔ*] (P); [*mę́lr̄ɔ*], [*mę́rlɔ*], [*mę́r̄ɔ*] (J); [*hornérɔ*] (J), [*hornélɔ*] (B); [*pápɒđo*] (P), [*párpɒđo*] (B), [*párpɒgo*] (G); [*r̄egwę́l̯tɔ*], [*r̄egol̯dúrɒ*] (B); [*noƀɒníl̯ɔ*], [*aƀɒníl̯ɔ*] (P); [*ṣarpul̯ɔ*] (P), [*ṣarpul̯iđɔ*] (B); [*golɔn̥dril̯ɒʰ*], [*golɔn̥drinɒʰ*] (P), [*kolɔmbrinɒ*] (G) 'golondrinos'; *hęrƀil̯ɒ*] (P), [*ęʰƀíl̯ɒ*] (B); [*dornạ́hɔ*] (B), [*ǫrnạ́hɔ*] (P); [*ṣagwā́ŋ*] (B), [*ṣahwā́ŋ*] (P), [*ṣerníkɒlo*] (J), [*ṣerníkɒro*] (P),

---

[1] Hemos oído hablantes canarios, corrigiéndose, decir [*r̄ęlós*], por [*r̄ęlǫʰ*] < [*r̄ęlǫhə̄ʰ*].

etc.; Los casos de asimilación, disimilación y metátesis consonántica —además de algunos que ya hemos citado— se multiplican ampliamente, por las mismas razones, tanto en palabra larga como corta: [*brímbə*] (P), [*henárjɔ*] (B), [*aƀrɔtár*] (P), [*arƀvn̥i̯l*] (P), [*karkvn̥ál*] (B), [*r̄eƀvʰlé*] (P), etc.

Los ejemplos se multiplican de manera abrumadora y son explicables en una lengua de palabras de muchos fonemas desde el momento en que el léxico se empobrece, haciendo inútil el excesivo número de posibilidades fonológicas de cada unidad. Esta tendencia al polimorfismo sólo puede verse frenada por el imperio de una norma culta que regule de una manera firme todo lo que en la realización no es sistemático.

Las líquidas

En Masca no hay yeísmo. La [*l̥*] se mantiene claramente lateral y sólo en contadísimos casos se oye relajada, pero sin llegar nunca a [*y*]. La tendencia a la deslateralización, que parece ser estructuralmente paralela de la de [*l*] (> [*r*]) en posición implosiva, no ha aparecido aún en este rincón aislado.

[*l*] y [*r*] implosivas se mantienen firmemente y, salvo raros casos, no presentan siquiera variantes relajadas. Sólo la [*-r*] de los infinitivos se asimila y funde con la [*l-*] de los pronombres átonos, e incluso del artículo. Y esto, como en el habla rústica de toda la isla, de una manera general: [*traƀv̀hą́:lɔ*], [*ponę́:lɔ*], [*albı̣álv*] (B); [*ę́ʰpaṣę́:lɔku̯ʰtéđíṣə*], [*ar̄ul̥á:lɔʰnín̥ɔ*], [*paponé:lo̯ʰƀáṣɔ*] (B). Un ejemplo tenemos de asimilación con la [*l-*] de un sustantivo, [*partí:lé:n̥v*] (B), y otro de la [*-r*] de «por» con el artículo: [*ılaʰpę́n̥vsǫ́mpolɔʰláđɔʰ*] (B). No hemos oído casos de *-rs-* > *s-*. La [*-l*] final se palataliza en contacto con [*l̥*] y se funde con ella: [*el̥ánɔ*] (F).

Con todo, se dan casos de confusión *r-l*, es decir, dando una por otra, pero nunca realizando una forma relajada intermedia, inusitada aquí. En algunos de los casos se trata de una verdadera confusión, sin otra explicación visible que el poco rendimiento

de su oposición fonológica en la distensión silábica o en grupo consonántico: [*arƀəhákv*] (G), [*farṣétə*] (P), [*kansonsíl̥oʰ*] (B), [*ṣúl*] (de donde [*aṣuláđo*] (B), [*ṣumję́l*], [*klī́ŋ*] (B), [*tímblə*] (P) 'timbre'. Pero la mayoría de los casos se explican fácilmente por el contorno fonético —asimilación, disimilación, metátesis—: [*kardéro*], [*arƀvn̥i̯l*] (P), [*kǫlmə̯nál*], [*karkvn̥ál*] (B), [*alvklánəʰ*] (P). El caso de [*ṣirƀál*] (P) es evidentemente esporádico, ya que en los infinitivos se mantiene siempre [*-r*], salvo que siga [*l-*]. Lo que me parece importante señalar al reseñar estos pocos casos de confusión, es que en cualquier caso se realiza plenamente [*-r*] o [*-l*]; nunca da lugar a variantes relajadas intermedias.

Agrupadas, [*-l*] y [*h-*] sufren alguna vez metátesis, aunque no con la frecuencia de [*-n*] + [*h-*]: [*ę̣ʰlar̃ṓŋ*] (B). Esto podría explicar [*lihvƀṓŋ*] (P) 'eslabón', partiendo de *[(*e*)*l-īʰlvƀṓŋ*] al corregir la falsa metátesis y resultar absorbida la [*-l*] por la aspiración faríngea,[1] y también [*ę̣ʰl̥áđo*]. 'hijastro', a partir de * [*el hiháđo*] > *[*eʰljáđo*]

Oclusivas sordas y sonoras

La realización normal de los fonemas /b/, /p/, /t/, /d/, /k/, /g/, no difiere de la normal castellana. Sin embargo, en el funcionamiento sistemático de las oposiciones p/b y k/g parecen apuntar unas tendencias no conocidas en el español normativo, aunque sí dialectalmente. Se trata de casos esporádicos de neutralización en posición explosiva, generalmente en sílaba inicial, que parecen indicar la presencia, en tales ocasiones, de los archifonemas /G/ y /B/.

Como el fenómeno se da preferentemente en sílaba inicial, cabe pensar que sea ésta en español una de las posiciones menos relevantes, lo cual estaría en consonancia con lo que ocurre con las vocales. No debe olvidarse tampoco que el inventario consonántico en posición inicial de palabra es más reducido que en posición

[1] Vid. Diego Catalán, *El español en Tenerife*. «Problemas metodológicos», ZRPh 1966, p. 481.

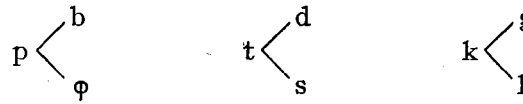
interior explosiva, y que prácticamente hay consonantes que no suelen aparecer en tal posición, aunque pueden hacerlo. Es, en consecuencia, explicable, que al reducirse al mínimo el sistema léxico, como ocurre en estas hablas rústicas empobrecidas, se haga más sensible la irrelevancia de ciertas oposiciones del tipo privativo, que ya neutralizan sistemáticamente en otras posiciones.

Pero lo más curioso es que la cuerda se haya roto por las oposiciones k/g y p/b, y no por t/d, lo cual hace pensar en un mayor rendimiento funcional de esta última.

El representante de la neutralización es casi universalmente la realización sonora de cada pareja opositiva (como ocurre en la distensión silábica), lo cual hace pensar que el miembro extensivo[1] pudiera ser el sonoro y no, como suele pensarse, el sordo. Y creo esto, no sólo porque en la neutralización se elija la realización sonora, sino también porque en el sistema consonántico español la sonoridad fonética es lo general y la sordez lo excepcional (en el sistema funcional de Masca hay sólo siete sordas y once sonoras, sin contar que una de las sordas, la [ʃ], no tiene la falta de sonoridad como rasgo pertinente, y suele realizarse más o menos sonora, casi [ʒ]; y lo mismo puede decirse del fonema /h/, realizado frecuentemente [ɦ], ya que el carácter faríngeo impide toda confusión con [g]). Es decir, que si la sordez es lo excepcional, lo cual supone un mayor esfuerzo (y de ahí la tendencia a la sonorización), es natural que su mantenimiento sea propiamente lo intencional, esto es, el procedimiento para no confundirla con la sorda correspondiente; prueba de ello es que cuando el esfuerzo es innecesario por irrelevante, como ocurre en las posiciones de neutralización, se realiza la forma sonora, más cómoda, y no vale argumentar en contra que la sonoridad es un rasgo más (por ejemplo, b=p + sonoridad), porque este razonamiento no tiene valor lingüístico al basarse únicamente en la sustancia de la expresión. Lingüísticamente, los hechos parecen ser del tipo p = b — sonoridad, igualdad ésta no reversible, puesto que el rasgo negativo «no sonoridad» es propia-

[1] No tengo elementos de juicio suficientes para aplicar el otro criterio, propuesto por Martinet, *Economie des changements phonétiques*, que considera que normalmente el miembro extensivo debe ser más frecuente que el intensivo.

mente la marca. Si, igualmente, se tienen en cuenta los haces correlativos, formados por la correlación de «no sonoridad» y la correlación plosión-fricción,



nos encontramos de nuevo con que las oclusivas sordas siguen representando la marca en los dos sentidos:

a) «no sonoras»

b) «no continuas»,

puesto que /b/, /d/, /g/ pueden ser hasta cierto punto continuas e incluso ensordecerse, pero /p/, /t/, /k/ nunca pueden dejar de ser interruptas ni «no sonoras», causa ésta de su prácticamente nula variabilidad fonética. Me parece, pues, claro su carácter fonológico marcado, aunque fonéticamente sea lo contrario.

Veamos ahora, en primer lugar, los casos de neutralización k/g (más frecuentes que los de p/b), dividiéndolos en dos grupos, según se dé la alternancia $k \sim g$ o no:

a) Sin alternancia. Debe tratarse de confusiones antiguas o incluso importadas, ya definitivamente fijadas. Este carácter de antigüedad hace que se use [ǥ] y no [g] siempre que sea fonéticamente posible (mientras en los casos de neutralización viva y operante la realización es normalmente oclusiva en todo caso). Los casos extremos presentan incluso una /g/ desaparecida, al haberse confundido, como fricativa, con la aspiración faríngea precedente: [*ęħoḷáđv*] (P), [< *ęʰǥoḷáđv*] 'collado', [*bi̯ħo*] (B) 'bizco' (que supone **bíʰǥo* < *bíʰgo* < *bíʰko*). Otros ejemplos de forma única que mantienen [*g*] por inicial, pero que pueden fundirla en [*h*] o [*ħ*] por contacto con una [*h*] (< -s) anterior, son: [*gar̃vʰpérv*] (P), [*gaš́ito*], [*la gesę́rv*], [*únv gaŋáđa*] (B). Sin embargo, los dos últimos, con [*g*] oclusiva intervocálica parecen indicar la alternancia con las formas sordas, aunque nosotros no las hayamos recogido, puesto que una vez que se fija [*g*] normal es natural que siga la suerte de las realizaciones habituales.

Un solo ejemplo sin alternancia presenta [*k*] en lugar de [*g*]: [*ẹʰkár̄o*] (P y G) (aunque en otras localidades hay [*ẹʰgár̄o*] [1]). Aparentemente inexplicable esta solución inversa a la regla, pudiera quizá justificarse como una reacción contra la tendencia a la confusión [*eʰgár̄o* > **eʰgár̄o* >* *ehár̄o*], no ya por la confusión misma, que es constante en este caso, sino por evitar el choque homonímico con «jarro» [*hár̄o*].

b) Con alternancia. Todos los demás ejemplos que tenemos a la vista presentan la alternancia *k*~*g*, prueba del proceso vivo de neutralización: [*graʰtár*] y [*kraʰtar*] (J) 'castrar', [*aŋgṓŋ*] [2] (J), y [*aŋkṓŋ*] (P) 'halcón', [*únv gᵏáṇv*], [*únv gáṇv*], [*lakáṇv*] (B), [*káṇso*] (F), [*mágịnv*] (B y P), [*mákịnv*] (P), [*la ƀágᵏv*] (B) y [*laʰƀ̥ákaʰ*] (F), [*la pạ́:ʰgᵏwv*] y [*la pạ́ʰkwa*] (F). El caso de [*loʰ gámpo*] (B), frente a [*loʰ kámpọʰ*] (B) debe ser esporádico. Un caso hay aquí, por último, de [*k*] por [*g*], aunque complicado con hechos de polimorfismo: [*kolombrínv*] (G), frente a [*goloṇdríḷvʰ*] y [*goloṇdrínvʰ*] 'golondrinos'.

Los casos de neutralización p/b son menos frecuentes y, al parecer, más modernos, ya que sólo hay un ejemplo, [*la ƀikérv*] (J), sin alternancia y con [*ƀ*] fricativa. Por otra parte se dan casi exclusivamente en sílaba inicial: [*ṣiŋkoƀ̥íʰpvʰ*] y [*la pịʰpa*] (J), [*umbúṇo*], [*loʰ búṇoʰ*] y [*el púṇo*] (F), [*embílvʰ*] y [*ṣu pilv*] (B), [*la ƀ̥ẹʰtịḷérv*] (P).

En sílaba interior sólo tenemos un ejemplo: [*kabọs̊ínv*] (B) y [*kapus̊ínv*] (P).

La oposición t/d no parece neutralizarse, aunque tenemos un ejemplo de confusión: [*regọḷdúrv*] (P), frente a [*r̄egwẹ́ḷto*] (P) ('revoltura', 'revuelto'). El carácter necesariamente oclusivo de esta [*d*] puede haber facilitado la sonorización, aunque cabe pensar en causas distintas.

Por último, encontramos los casos, frecuentes en todas las hablas vulgares hispánicas, de confusión b/g ante [*w*(*e*)]: [*gwéno*] (P), [*agwélo*] (B), [*r̄egwẹ́ḷto*] (P), ([*r̄egọḷdúrv*] es su derivado). La interpretación de [*w*] como consonante velar produce además

---

[1] Vid. Alvar, *Tenerife*, Vocabulario.

[2] A veces la sonorización no es completa.

de las confusiones señaladas, realizaciones como [*ṣirgwélv*] (P) o [*birgwéla*] (B), donde, sin razón fonética alguna para la articulación consonántica de [*w*] —ya que hay [*r*]— nos la encontramos tan nítida como en principio de monema [*gwéṣo*], [*gwę́rtv*]).

La [-d] intervocálica y la [-d] final

Por lo general la [*d*] inicial se mantiene casi siempre, pues el cambio *des-* > *es-* no es fonético, sino morfológico, y la pérdida de [*d*] en la preposición «de» sólo se da en posición intervocálica, favorecida también por la tendencia morfosintáctica a construir el complemento nominal sin preposición ([*léŋ̥v̥ƀréṣo*] (B), [*tróŋkopálmv*] (B), [*elpéṣoḷdív*] (J), etc.). Aparece a veces también [*ę*^{h}*pwę́*^{h}], y una vez hemos oído [*ornáho*] 'dornajo'.

La [*đ*] intervocálica se oye de una manera casi constante, más o menos relajada, pero sin perder su sonido característico, aunque con frecuencia la lengua sólo inicia su articulación sin llegar a completarla. Se oye incluso en las terminaciones en -ado, y como señala D. Catalán[1], debe tratarse de una [*-d-*] restaurada sobre un estado anterior de pérdida, a juzgar por los casos que se encuentran sin ella, muchas veces sin conciencia de la pérdida. Alguna vez la ultracorrección señala la tendencia hacia la restauración, [*torsilá*^{đ}*o*] (B) y [*toṣịlạ́o*] (P), que por otra parte suele ser acertada en muchas ocasiones ([*mạhá*] y [*mahạ́đv*]) (J). En general, sin embargo, aparte de los casos en que ya no existe conciencia de la pérdida por no corresponder la -d- a ningún elemento morfológico identificable ([*peáṣo*] (B, P), [*r̄eƀǫlƀaéro*]) (B), suele encontrarse la alternancia *đ* ~ ^{đ} ~ cero dependiente del «tempo» de la conversación.

Así, con [*đ*]: [*keháđv*], [*almọhạ́đv*] (P), [*ę*^{h}*ḷáđo*], [*aṣuláđo*] (B), [*ęħoḷáđv*] (P).

Con [^{đ}]: [*la ṣeƀá*^{đ}*v*], [*áẑo*^{đ}*əφwégo*] (B), [*el r̄aḷv*^{đ}*ǫ́r*] (P).

Cero: [*ar̄uḷvǫ́r*] (P), [*úm peá:ṣo*] (B), [*kapạ́o*], [*piŋtạ́o*] (J), [*beƀéro*] (P) (pero también [*beƀəđéro*]) (J), [*punạ́o*] (J, G), [*kéa*]

---

[1] *Op. cit.*, pp. 476-77.

(J). Es curioso observar que la mayoría de los ejemplos sin /d/ que hemos recogido provienen de dos sujetos casi sordos (J y F), que posiblemente no se percatan bien de la tendencia restauradora.

La -d final se pierde siempre: [*ụ^{h}té*] (B), [*bụ^{h}té*], [*paré*] (P), etc.

El orden palatal

Las consonantes orales del orden palatal han quedado reducidas a dos, /y/ y /ŝ/, ya que la articulación convexa predorsal de /s/ con alófonos dentales frecuentes, [*ŝ*], [*ϱ*], la relega al orden dental, del que viene a constituir el miembro fricativo (o quizá mejor, «no oclusivo»). Su distanciamiento de /ŝ/, de articulación más retraída que la castellana, hace que esta africada palatal haya pasado a sentirse como la oclusiva correspondiente a /y/ y no a /s/. Los casos bastante poco frecuentes de /s/ ligeramente palatalizada nada dicen en este sentido, como veremos en su lugar.

La constitución de la oposición binaria s/y parece establecerse sobre la relación «interrupta»/«continua» (o «no interrupta»), con desfonologización de la relación «sonora»/«sorda» (o no «sonora»), como se desprende de los siguientes hechos:

a) Como ha señalado acertadamente Alvar[1], la articulación canaria de la [ŝ] es por lo general más retrasada que la castellana y con una superficie de mojadura mucho mayor: se trata de una [ŝ] adherente de articulación similar a la de [ŷ] o a la de [ṉ]. Con esto resulta un hecho de equiparación articulatoria entre estos fonemas, que no es, desde luego, fortuito, sino estructural, provocado por el reajuste del sistema palatal, que ya no tiene fricativa sorda, de suerte que, al dejar de existir la oposición fricativa-oclusiva entre las sordas, ésta se ha trasladado a la relación entre la sorda y la sonora, haciendo irrelevante la sonoridad por un mecanismo de economía lingüística, consistente en emplear el menor número posible de rasgos diferenciales, ya que si /ŝ/ e /y/ se dis-

[1] *Tenerife* y *Estudios Canarios*, I, Las Palmas, 1968, pp. 71 y ss.

tinguiesen conjuntamente como sorda/sonora y como interrupta/continua, habría un lujo de esfuerzos distintivos innecesarios.

b) Por esta razón de orden estructural pensamos que deben explicarse las realizaciones de /s̻/ que oscilan entre lo plenamente sordo, [s̻] —en posición inicial absoluta y ante vocal final átona relajada o muy relajada—, y lo plenamente sonoro, [z̻], pasando por matices intermedios*, en posición interior, particularmente intervocálica. Funcionalmente, esta posibilidad de variación sorda/sonora no tiene otra explicación que la pérdida de relevancia del rasgo «sonoridad» (o mejor, del de «no sonoridad», que, como es natural, sigue siendo el que se desecha). Los ejemplos de este hecho, dada su constancia, son innumerables: [*éš̻ᵛ*] (B), [*éž̻o*] (P), [*se loežáðvʰ-*], [*aφré:š̻o*], [*kažáro*], [*ežárvmáφrútv*], [*múžv*] (B), [*múšv*] (P), [*kožínv*], [*loʰšínəkə* (B), [*lv ážv*], [*la mãɲžv*], *mãɲžan-el...*] (P), [*mužášo*], [*kužárv*], [*leždŋ*] (B), [*šížvro*], [*el žérφə*] (P) 'El Cherfe'.

c) Como ha observado también Alvar [1], el momento fricativo de la africada /s̻/ tiende aquí a reducirse al mínimo. La causa se ajusta perfectamente a lo que llevamos dicho: la pertinencia de la diferencia interrupta-continua (con la consiguiente desfonologización de la diferencia sorda-sonora) y la tendencia a reducir la diferencia entre los fonemas al solo rasgo distintivo, con lo que se llega a la casi identidad articulatoria.

d) La articulación de la /y/ nos parece, en general, semejante a la castellana y no hemos percibido en ella formas más cerradas como las que señala Alvar para las zonas por él examinadas [2]. Hemos encontrado, incluso, realizaciones muy abiertas, casi [*i*] que transcribiremos [*i̯*], aunque no siempre lo sea por completo: [*i̯á kév la ṣógv éžv*] 'ya queda la soga hecha', [*la i̯érðv*] (B), [*i̯ęʰtá paṣegár*] (F) 'ya está para segar', [*ṣon laʰ ðǫ́ṣə i̯á*] (B), [*i̯áṣomǫ́: lụṣę́ro*] (F) 'ya asomó el lucero', [*kon ṣụʰrā́i̯vʰ*] (B), [*la ðai̯v*], [*ṣeɲýúgv la i̯úɲtv*] (F), [*porkəi̯á kaɲtáron-*] (B), [*la púi̯v*] (X). Con todo, en posición inicial absoluta y en los demás casos que en el castellano es oclusiva (africada), también suele serlo aquí: [*ỳá*

---

* De los que prescindiremos en la trascripción por dificultades tipográficas.

[1] *Tenerife*, párr. 30.

[2] *Tenerife*, párr. 31.

ƀǫ́i] (B). Sin embargo, como la ocurrencia de [*l*] o [*n*] ante [*y*] es infrecuente en el interior de palabra, e [y] es rara en principio pues no hay yeísmo, la posibilidad de confusión *y*/*ŝ* en esta posición es muy remota, si no imposible.

La variante oclusiva de /y/ puede, por último, resultar contaminada por la consonante que provoca la oclusión: [*ṣiⁿ ŋ̣ę́ʰkv*] (B) 'sin yesca'.

e) Parece indudable que la oposición *ŝ*/*y* funciona sobre la base que hemos indicado (interrupta-continua), como sugieren ejemplos del tipo [*óyo*] / [*óẑo*] o [*máyo*] / [*máẑo*]. La existencia de variantes oclusivas de /y/ no es prueba en contrario porque en la práctica sólo se dan en inicial de palabra, donde el rendimiento de la oposición es más bajo, sobre todo al no haber aquí yeísmo, el cual haría aumentar considerablemente el número de /y/, tanto en inicial como en posición interior.

Las nasales

La articulación de los fonemas nasales no difiere de la del castellano. Sólo habrán de interesarnos aquí algunos aspectos de las realizaciones del archifonema y el fenómeno de la nasalización de vocales y consonantes.

Todas las realizaciones del archifonema son también idénticas a las descritas para el castellano [1]. Sólo hemos de consignar aquí tres hechos, por lo demás comunes a casi todas las modalidades del habla insular y de muchas extrainsulares.

a) La nasal final absoluta se realiza siempre como velar, [*ŋ*], sin que hayamos oído nunca otra variante: [*su̯ʰtḗŋ*], [*klī́ŋ*] (B), *hilvƀṓŋ*] (P), [*pur̄ṓŋ*] (P y B).

b) La nasal final de palabra seguida de vocal sólo conoce la realización alveolar [*n*]: [*kọhiƀvn-ū́nv...*], [*dę́hvn-ū́ᵐ mọ̄mę̄ṇto*] (B), [*ṣe lə mę́tən-elƀuhę́ro*] (F), [*beƀən-embilv*] (B), [*un-apvráto*] (P), [*en-ágwv*], [*ṣáƀən-aṣę́r*] (B).

La variante velar carece, pues, enteramente del valor demar-

[1] Vid. T. Navarro Tomás, *Manual de Pronunciación española.*

cativo con que a veces lo he oído en otras partes de la isla (Santa Cruz): [*uŋ-álmv*].

c) La nasal velar ante aspirada faríngea [*h*] o [*ɦ*] se debilita, haciéndose fricativa y nasalizando la vocal anterior, [*ū́ŋ ha̅r̅ṓŋ*] (B), o se pierde sin dejar rastro de nasalidad tras sí: [*en-ū́n-ịhę́njo*], [*ṣạɦwā́ŋ*] (F, G), 'San Juan', [*narạ́hv*] (B).

Como puede verse, la pérdida se da dentro de la palabra, donde el valor fonológico de la nasal es nulo. En cambio, en contacto con monemas gramaticales que tienen nasal final como *en*, *un*, etc., la nasal es imprescindible funcionalmente, por lo que aun relajándose intensamente su articulación oral, se mantiene claro su carácter nasal, que contamina a la vocal precedente, de suerte que la [*ŋ*] del primer ejemplo fue más bien una [*ʱ*] aspirada sonora nasalizada, con lo que el rasgo nasal tiende a aferrarse a la vocal precedente.

En cuanto a la nasalización, hemos de señalar que no alcanza la intensidad que en otros lugares de la isla y que la forma más perceptible es la progresiva de vocales y de consonantes: [*lẹ̄ẑṓŋ*], [*mọ̄mẹ̄ṇto*], [*tiṣṓŋ*], [*mar̅ṓŋ*] (B), [*mā́ṇẑv*], [*ẹʰnərtár*] (P), [*uh̄-núṣo*], [*uh̄nár̅o*] (B). Se dan también nasalizaciones del tipo regresivo semejantes a las que señala Alvar[1], pero con un carácter poco perceptible que no me parece digno de señalarse.

La nasal implosiva suele sufrir metátesis con una [*h*] siguiente: [*ẹʰ niḷáđo*] (B), [*eʰnərtár*] (P), [*úʰ núso*] (B), [*ẹʰnā́mbrə*] (P), [*úʰ nar̅ṓŋ*] (B), etc.[2]

La S

Se trata de una [*ṣ*] predorsal convexa, tal como la ha descrito Alvar,[3] articulada generalmente con el ápice caído y que se hace a veces claramente dental, [*ṣ*] o [*θ̯*], sin llegar nunca a [*θ*]. Precedida de consonante alveolar parece alveolar plana, sin ser apical. Seguida

---

[1] *Tenerife*, párr. 33.

[2] Diego Catalán estudia ampliamente este fenómeno con gran profusión de datos provenientes de diversas encuestas, alguna de ellas realizada también en Masca. Vid. *El español en Canarias*, en «Presente y Futuro de la Lengua Española», Madrid, 1964, Vol. I, pp. 239-280.

[3] *Tenerife*, párr. 17.

de yod se percibe alguna vez ligeramente palatalizada y fundida con la palatal. También parece, en este caso, presentar una articulación plana, algo más retrasada que cuando va precedida de alveolar.

La predorsal convexa es, sin embargo, la forma dominante. El tipo dental y postdental se oye esporádicamente y en particular en sujetos de dentadura deficiente: [*peǫún̥v*] (J), [*ǫérv*], [*lo ǫáŋgvno*], [*la perđíǫ*], [*láŋ̣ṣv*], [*murṣjégvno*]. Esta variante, con todo, carece de valor fonológico y no es empleada nunca intencionalmente. Funcionalmente es una variante fonética del fonema /s/.

Más rara y esporádica parece la variante ligeramente palatalizada, aunque sea perfectamente explicable su existencia *: [*eŋ koŋ̣dịšjónə̄ʰ*], [*kwátrokvšjónə̄*] (F). [*ę̣ʰkurəšjéŋ̣dò*] (B), [*dišjémbrə*], [*ṣɛšjémbrv*] (F). Sólo la hemos oído en sílaba acentuada.

En posición implosiva existe el fonema /s/, pero su realización normal es [*h*] más o menos relajada. El problema fonológico que esto plantea, ya que existe un fonema /h/ (</x/), debe resolverse en el sentido de considerar a la [-*h*] implosiva como variante combinatoria de /s/ y no como realización del fonema /h/, por las siguientes razones:

a) Las realizaciones [*h*] del fonema /h/ poseen una distribución diferente de las realizaciones [*h*] del fonema /s/. (Incluso en los casos donde hay [-*h*] procedente de [*x*], los hablantes la identifican con /s/: [*r̄elóṣəʰ*].)

b) Esporádicamente encontramos la realización [*ṣ*], sobre todo cuando pertenece a monemas más o menos gramaticales y va seguida de vocal: [*loṣ-árƀolę*] (B), [*loṣ-anịmálə̄ʰ*], [*loṣ-orínə̄ʰ*], [*múẑos-árƀolę*], [*éˢ- únvgáŋ̣v*], [*dóṣ-órv*], [*tréṣ-ǫ́hvʰ*] (B).

Ante consonante no existe [-*s*] prácticamente. Los dos ejemplos que tenemos prueban sólo *que siempre es posible la realización* [*s*], lo cual demuestra que en esta lengua funcional [-*h*] implosiva es siempre variante de /s/. Los ejemplos son: [*úneˢtẹ́rv*] y [*u̯ˢté*] (B). Un solo ejemplo tenemos en final absoluto [*la lúṣ*] (B).

Sin embargo, lo normal es siempre [*h*] para la realización implosiva del fonema /s/, aun cuando por ser final de palabra resulte inicial de sílaba con palabra que empiece por vocal: [*lah-*

* Transcribimos [*š*], para entendernos, pero sin que llegue a ser nunca propiamente una prepalatal.

eṇtjér̄ṇŋ], [*kelɔʰ-vsívnakịmíʰmɔ*], [*únɔh-alámbrə̄*], [*loh-anịmá:lə̄*], [*bámɔʰ-apartí: lẹ́ṇv*], [*lah-áṣv*] (B), [*máh-eṇtẹ́rv̇ʰ*] (P).

Alguna vez el fonema /s/ inicial de sílaba se realiza [*h*] por influencia de la variante implosiva, lo que es una prueba más del carácter de variante de esta última. De todos modos estas confusiones de variantes son raras, ya que la distribución que define al fonema /h/ actúa como salvaguarda. En Masca sólo hemos oído [*no haƀémɔ náᵈv*] (P) y nunca el más frecuente [*nohótrɔʰ*].

En contacto con consonante siguiente, tanto dentro de los límites de la palabra como fuera de ella, los efectos producidos son muchísimo más reducidos que los observados en otras hablas de consonantismo relajado, incluso dentro del mismo archipiélago.

En contacto con una oclusiva sorda siguiente se conserva la aspirada, sin influir sobre la consonante. A lo sumo se observa a veces una adaptación de los órganos articulatorios a la consonante oclusiva durante la emisión de la aspirada. Esto ocurre ante [*p*] y ante [*t*] con aspiradas sordas del tipo [φ] y [ʰᵗ] respectivamente y que no solemos transcribir dado lo poco audible de tales diferencias, perceptibles sólo algunas veces, sobre todo en el caso de [φ]: [*suᵠ púṇɔ*] (B).

Ante las sonoras [*ƀ*], [*đ*], [*g*], los efectos son idénticos aunque a veces con sonorización más o menos general de la aspirada y a veces incluso con desonorización parcial de las sonoras pero siempre sin fundirse: [*lohwéƀɔ*] (J), [*laʰᵇƀrá:ṣv*] y [*laʰƀráṣv*] (B), [*laʰᵇƀárƀv*] (P). Nunca resulta la sonora totalmente ensordecida. Su articulación normal, aunque se abre más, no suele ir más allá de los límites entre la sorda y la sonora. La única excepción a esta regla la constituye el grupo *h* + *g*, en que el segundo elemento se ensordece o relaja su articulación hasta fundirse total o parcialmente con la aspirada. La diferencia se mantiene más nítida, no sin faltar las confusiones, cuando la [*g*] es inicial, pero suele llegar a sus límites cuando es interior. Inicial: [*máʰgráṇdə*], [*lọʰgarƀánṣɔ*], [*máʰɦráṇdə̄*], [*loʰɦáḷɔ*], [*laʰɦaḷíṅv*], [*laɦaḷínv*] (B). Interior: [*bịhɔ*] (B, P), [*eɦɔḷáđv*], [*laháŋgulvʰ*] (P) (las glándulas) 'las amígdalas'.

Ante consonante nasal se nasaliza y sonoriza más o menos la aspiración, pero sin llegar nunca a una nasal implosiva del tipo

[^{m}] o [^{n}]: [*eh̃nərtár*] (P), [*úh̃núŋkɔ*] (B). Otras veces no se nasaliza: [*e^{h}mvyársə*] (P).

Ante espirantes la aspiración se funde totalmente con ellas: [*máφinv*], [*máφrútɔ*] (B), *loṣę́rđɔ^{h}* (B), [*loṣáṇtɔ*] (F), [*loθáŋgvno*] (J), [*φóφvro*] (B).

Ante consonante palatal se mantiene la aspiración: [*ę́^{h}l̥áđɔ*] (B), [*la^{h}ŝínv^{h}*] (X), [*lo^{h}ŝínəkę̇*] (B).

Ante [*l*] o [*r̄*], también se mantiene la aspirada: [*la^{h}r̄óṣv^{h}*], [*mu̯^{h}lɔ*] (P). A lo sumo se sonoriza más o menos pero no llega a asimilarse. Formas del tipo [*múllɔ*] son desconocidas aquí. El caso de **li̯^{h}lvƀɔ́ŋ* > *lihaƀɔ́ŋ* se explica como disimilación favorecida por la facilidad para la metátesis entre [*h*] y [*l*], pero no por la absorción de la líquida por la aspirada, fenómeno del que no hemos hallado ningún ejemplo.

La [-*h*] final absoluta, conservada siempre o casi siempre después de [*a*], [*i*], [*u*], ([*pęrdi̯^{h}*], [*pú^{h}*]), se pierde con bastante frecuencia tras [*o*] y [*e*].

Los ejemplos de conservación tras [*a*] son abundantísimos, y en ellos la vocal se velariza más o menos: [*ṣú^{h}káṣv̀^{h}*], [*tihę́rv̀^{h}*], [*ę^{h}trél̥v̀^{h}*], [*ǫ́hv̀^{h}*], [*eṇṣę́^{h}tv̀^{h}*], [*dẹ káṇv̀^{h}*], [*pérŝv̀^{h}*] (B), [*má^{h}-eṇtérv̀^{h}*] (F), [*kombákv̀^{h}*] [*la^{h} kóṣv̀^{h}*] (B). Hay algún caso de pérdida: [*tréṣ-ę́ƀrv*] (B).

Tras [*e*] y [*o*] se da tanto la conservación como la pérdida y es frecuente incluso en uno y otro caso la realización cerrada de la vocal, lo cual anula la marca morfológica del número, expresada en general suficientemente por el artículo ([*lǫ^{h}*], [*la^{h}*] no pierden nunca la aspirada, salvo que siga espirante) o por cualquier procedimiento (numerales, por ejemplo).

Conservación tras [*ę*] y [*ǫ*] abiertas: [*arnę́rǫ^{h}*] (B), [*eŋkǫ^{h}-tálə̂^{h}*] (P), [*tréh méṣə̂^{h}*] (F), [*djǫ́^{h}*] (B), [*lǫ^{h} đéǫ^{h}*] (F).

Conservación tras [*ẹ*] cerrada (no hay ejemplos tras [*ọ*]): [*kol̥árə̀^{h}*] (B), [*lǫ^{h} gwáṇŝə̀^{h}*] (P), [*mól̥də̀^{h}*] (B).

Pérdida tras [*ǫ*] y [*ę*] abiertas: [*su̯^{h} púṇǫ*] [*mu̯hę́rə̂*], [*lǫ^{h} tráhə̂*], [*lǫ ṣę́rđǫ*] (B), [*tréh-armúđə̂*] (P), [*lu̯^{h} pạ́hv̀rǫ*] (F), [*lǫ^{h} pjóhǫ*] (B).

Pérdida tras [*ọ* y [*ẹ*] cerradas: [*paṇtvlọ́nə̀*], [*loṣ-árƀɔlẹ*],. [*ómbrə̀*] (B), [*noṣọ́trọ*] (F), [*lǫ^{h} gámpọ̣*] (B), [*siŋkọ̣áṇọ̣*] (F).

No existe el menor rastro de [*z*] (s sonora).

La φ

No existe prácticamente [*f*] labiodental, sino normalmente [φ] bilabiodental, explicable por el estado de relajamiento de todas las espirantes sordas, y quizá en este caso concreto por el frecuente mal estado de las dentaduras en la mayoría de las personas adultas.

El relajamiento de esta articulación no llega nunca, sin embargo, a confundirla con [*h*]: se oye [*φwę́rtə*] y no *[*hwę́rtə*].

La [φ] es constante: [*máφinv*] (B), [*φǫ́r̄o*] (P), [*φóφvro*], [*φórmv*], [*ṣıφwérv*], [*eʰđiφərę́ṇtə*], [*φiní:tv*], [*aφrę́s̑o*], [*la φwę́ṇtə*], [*φwégo*] (B), [*la φahi̯nv*] (F).

El fonema /h/

Aquí se da, como en todas las hablas meridionales, la igualación de [*x*] y [*h-*] (< f- latina o de cualquier otra procedencia), por lo que no cabe hablar de fonemas diferentes en [*hū́ŋko*] y en [*haṣę́r*].

Con todo, debido al contacto, cada vez mayor, con la lengua general, se observa una progresiva desaparición de la aspirada (sea cual fuere su origen). Esto da lugar a alternancias [*h*]—cero o a la supresión de la aspirada que se siente como signo de rusticidad. Este esfuerzo conduce a veces a la supresión de la aspirada procedente de [*x*] : [*ū́ŋko*] (B), [*ū́ṇdjv*] (B, P) 'enjundia', [*ar̄ṓŋ*] (B). A pesar de esto, se oye aún la [*h*] de procedencia diferente de [*x*]. De f- latina: [*húṣo*], [*huṣíl̥o*] (B), [*helę́s̑o*] (J), [*hémbrv*], [*hóŋgo*] (G), [*higérv*] (B), [*hígo*], [*horkətṓŋ*], [*hjér̄o*] (P), [*hilar*] (B), [*her̄ṓŋ*] (P), [*hornéro*] (J), [*haṣę́r*] (B), [*hiŋkársə*], [*herƀíl̥v*] (P), [*hjérƀə*] (B).[1] De h árabe: [*matalv̇úhv*] (P), [*arƀəhákv*] (P), [*ạlmohádv*] (P, B), [*mohvdíl̥v*] 'almohadilla', [*aṣv̇hár*] (B). De otras procedencias [*hálv*], [*hurvkā́ŋ*] (P).

---

[1] Casi todas estas formas alternan con otras sin h-. Se exceptúan [*horkətṓŋ*], [*hornéro*], [*hiŋkárse*] y [*herƀil̥v*].

Alguna [*h*] procede de la variante de -s implosiva: [*médjo hermáno*] (B).

Fonéticamente, el fonema /h/ se realiza siempre como una aspirada faríngea sorda, [*h*], en posición inicial, y frecuentemente sonora, [*ɦ*], en posición intervocálica. No hemos oído en ningún caso realizaciones velares o velarizadas. Alguna vez, sin embargo, se da la confusión con [*g*], pero entonces no es variante fonética de /h/, sino, simplemente, confusión: [*gilár*] (B), [*garõŋ*] (B).

Fonológicamente es imposible considerar todas las realizaciones aspiradas faríngeas como manifestaciones de un solo fonema /h/, como propone Alarcos Llorach[1] para el andaluz oriental, con realizaciones que van desde la aspiración sorda o sonora hasta la realización cero con modificación de la vocal, pasando por todas las formas de geminación posibles ante otras consonantes, porque en el habla que analizamos siempre es posible la realización [-*s̱*] en lugar de la aspirada implosiva, e incluso, alguna vez, la realización [*h*] para la /s/ explosiva, prueba de que la aspiración implosiva se siente como variante combinatoria de /s/, y de que el fonema /h/ se define frente a /s/ por su distribución.

APÉNDICE

Notas morfológicas

No son estas notas más que un conjunto de observaciones aisladas. La Morfología, la Sintaxis y el Léxico necesitarían, para ser tratados con coherencia científica, amplias indagaciones que exceden el estrecho marco de la simple encuesta, pues en este orden de cosas la complicación del sistema y de la norma es lo suficientemente grande como para exigir un análisis exhaustivo del habla. Esta es la causa de que hasta la fecha no contemos con estudios completos sobre la morfosintaxis de ningún habla determinada y

[1] *Fonología y Fonética*, AO, VIII, 1958, pp. 191-203.

mucho menos con un análisis semántico estructural de ningún sistema léxico.

SUSTANTIVOS Y ADJETIVOS.—El género.—Son masculinos *ụbre, cose* ([*úŋkóṣə*], G) 'coz', *sartén, costumbre, dote, arradio* 'radio'; femeninos, *pus* y *fantasma. Pretendiente* tiene a causa de su género real el femenino *pretendienta.*

Otros sustantivos presentan una variación genérica independiente del género real. La tesis de un género dimensional para estos casos no nos parece, sin embargo, admisible, porque la oposición masculino/femenino no posee aquí un valor uniforme y fijo —es decir, gramatical—, sino variable según los casos. Se trata de un procedimiento más de diferenciación léxica sobre la base de un recurso gramatical. Algunas parejas presentan diferenciación semántica arbitraria: *helecha*, según J, es un "helecho más fino"; *rano* es el renacuajo o cría de la *rana; capirote* es el nombre, general en Tenerife, de un pájaro (Findula Atricapilla Canariensis), y *capirota/ capiroto* (esta última oída sólo a G), la careta usada para castrar la colmena. En el caso de *avispero* y *avispera* se trata de simples variantes sin distinción semántica. A *garrafa* corresponde el rasgo semántico 'pequeña' frente al masculino aumentativo *garrafón. Cango* es yugo de caballerías para una sola bestia; *canga*, para dos.

El valor delimitativo de una zona o parte, que el español hace con el artículo neutro[1] seguido de un adjetivo, nos lo encontramos aquí realizado con el artículo masculino: *el alto del ramo* = 'lo alto del árbol' y no 'la altura del árbol'.

Para la intensificación adjetiva no hemos recogido nunca *-ísimo,* sino solamente *más* y *muy: la juraban muy finita* (P) 'la agujereaban'..., *¡es más boba..!* (bien sin poner el término de la comparación, bien con un término general que aporta una significación elativa: *más boba que el carajo)*. Lo corriente es el uso de *fuerte* para la expresión intensiva: *¡fuertes regolduras!, ¡fuerte borrachera!*

El número.—A veces, como hemos visto ya, la -h del plural desaparece totalmente y sin regla, pues no deja, necesariamente, huella de abertura vocálica. El carácter poco informativo del morfema es evidentemente la causa.

[1] Vid. Salvador Fernández, *Gramática española*, párr. 72.

Algunos sustantivos se emplean sólo en plural: *tijeras, chíneques* 'las piedras del fuego'.

Aumentativos y diminutivos.—El sufijo aumentativo usual es *-ón: padrejón* 'padrastros del dedo', *hormigón* 'hormiga aluda'; *-ote* aparece en *berrugote* 'orzuelo', pero no parece un sufijo con vida.

El único sufijo diminutivo que presenta vitalidad es *-ito* (a veces *-itito): deditos, perchita, pañito, ropita* 'canastilla', *trozitos, telita, cochinito,* etc.; *-illo* aparece en muchos nombres, pero no como sufijo vivo, sino unido de una manera constante y sin intención alguna: *cerilla del ojo* 'legaña', *golondrillas* (sólo en G) 'golondrinos', *cabrilla* 'cabra recién nacida' (frente al diminutivo auténtico *cabrita), El Tanquillo* (topónimo), *mohadilla* 'almohadilla'.

Con adjetivos y adverbios, el sufijo diminutivo toma un matiz intensivo: *la juran muy finita* 'la agujerean muy fina', *orita* 'ahora mismo'.

Otros sufijos.—Pocos sufijos parecen tener vitalidad creadora. Como de nada sirve reseñar todos los sufijos históricos, sólo tendremos en cuenta los que aún poseen un valor sincrónico seguro. Encontramos así *-azo* con el valor de 'golpe o herida': *rajuñazo* 'rasguño', *picazo* 'picada', *mandarriazo* 'golpe de mandarria'; *-ero* con un sentido general de 'relativo a', por lo cual es constante en los nombres de árboles frutales: *cirgüelero, naranjero, manzanero, almendrero, nuecero* (hay, sin embargo, el topónimo *El Nogalito), castañero.* Aparece también en *revolvaero* 'tirabrasas' y en *mulo burrero* 'de padre burro'; *-udo* para resaltar alguna peculiaridad exagerada del aspecto físico: *crestuda* 'con cresta múltiple', *petudo* 'que tiene joroba'; *-dura: esmayadura* 'bostezo', *regoldura* 'náuseas'; *-ento: canento* 'canoso', *polvillento* 'polvoriento'; *-dor, -or: abanador* 'soplillo', *arrullador, arrullaor* 'columpio'; *-oso: fañoso* 'gangoso', *resbaloso* 'resbaladizo'. Los demás sufijos no poseen, al parecer, ningún sentido activo en esta habla.

Hay dos prefijos con valor semántico claro que forman una pareja antonímica, *es-/en-: escuernada* 'sin cuernos'/*encuernada (bien encuernada* 'con los cuernos bien puestos', *mal encuernada* 'con los cuernos torcidos'). Particularmente, el prefijo *es-* (<des-), cargado

con frecuencia de su valor de separación o privación, presenta una elevada frecuencia: *esdientada* 'desdentada', *estetar* 'destetar', *esgranar* 'desgranar', *esgajar* 'desgajar', etc. En muchos casos es una simple partícula sin valor semántico: *esgollada* (y *ejollada)* 'collado', *estiladera* 'destiladera', etc.

La frecuencia de *en-* es menor: *encuernada, enflorecer, enritan* 'irritan'.

Frecuentísima es, por último, la prótesis de a- sin especial valor semántico: *acorcullarse* 'ponerse de cuclillas', *abajarse* 'bajarse', *asoplada* 'hinchada', *asoplar* 'soplar', *adormida* 'dormida', *ajuntar* 'juntar', *arradio* 'radio'. Es frecuente la alternancia de esta a- con su ausencia, también, al parecer, sin ningún valor semántico: *arrotar-rotar* 'eructar', *masones-amasonados* 'amancebados'. La *a-* de *azotea* y *agarrar* es identificada con este prefijo, como muestran *zotea* 'azotea', *garrar* 'agarrar', *lacenita* 'alacenita'. Por último, no hay que olvidar la alternancia *murciégano, amurciégano, almurciégalo, almurciego* (las dos últimas sólo oídas a G).

NUMERALES.—*Dos* y *tres* conservan normalmente su -s. Presentan reducción del diptongo átono *ie: diciséis, dicisiete, diciocho, dicinueve.*

EL ARTÍCULO.—Las formas plurales del artículo suelen conservar su -s: *los árboleh, los animaleh, los ahtreh* 'los astros' *los ohoh, las ánimah. Agar* 'lagar' y *aú* 'laúd' muestran un falso análisis del artículo *el.* Lo mismo ocurre con *arigón* 'narigón' con respecto a *un.*

PRONOMBRES.—Entre los pronombres personales se encuentran las formas vulgares *losotros* y *los* por 'nosotros' y 'nos', aunque alternan con las correctas. El arcaísmo *vusté,* [*bu̯hté*], se lo he oído de una manera constante a P. Las demás formas son normales y el uso de los pronombres átonos de tercera persona coincide con el considerado como correcto; es decir, con distinción casual dativo-acusativo.

Como relativo con antecedente sólo se oye *que.* El relativo *quien* se usa únicamente sin antecedente. Como interrogativos funcionan estos dos y *cuálo, cuála* con sus respectivos plurales, para preguntar por la identidad de las personas o cosas. Se exceptúa *cuálo,* que siempre es neutro y que, por tanto, no sirve para personas, ni puede ser adjetivo.

Se oye siempre *nadien*.

EL VERBO.—Como en el resto del habla rústica de la isla, el acento de las formas verbales en la primera persona del plural del presente de subjuntivo se mantiene en la misma sílaba que en las demás formas del mismo paradigma: *cántemoh, véngamoh*. Aparte de esto, los únicos acentos anómalos que hemos oído en el verbo corresponden al arcaísmo *vácian*, de uso general, y a *tráiban* 'traían'.

Fregar, apretar y *estregar* no diptongan la *e* tónica como en el español normativo. *Surquiar* y *hociar* ('surcar', 'hozar') tienen diptongo procedente de la adopción por estos verbos de la desinencia -ear.

No hay -y- intervocálica en los gerundios *liendo* ([*ljéṇdo*]) 'leyendo' y *caendo* 'cayendo'.

El relajamiento fonético afecta a menudo a las consonantes finales de las desinencias verbales, en especial a la -s de la primera persona del plural, totalmente carente de información: *l'echemo burro, ya lo apuntemo*. La -n final de los plurales se mantiene en general, aunque en final absoluto se oye una [*ŋ*] velar muy débil, acompañada de nasalización de la vocal anterior. No hay -r final en los infinitivos seguidos de pronombres átonos que empiecen por l-: *fajalo, llevalo*. Con frecuencia ocurre lo mismo con el artículo: *rompé la tierra*. Ante *se, me, te, nos* se conserva regularmente la -r: *lavarse, ponerse, comernoh*.

La desinencia de la primera persona del plural del perfecto absoluto en los verbos en *-ar* es *emo(h): ya lo llevemoh*.

La analogía ha propagado una -b- anómala en algunos imperfectos: *tráiban, cojiban*. Sin embargo, falta en *día* 'iba'. El participio *rompido*, puede no ser una creación analógica sino la simple conservación de un uso arcaico.

Se conservan algunos arcaísmos verbales como *vide* 'vi', *vido* 'vio', *vía* 'veía', *dir* 'ir', *día* 'iba'. El perfecto absoluto de *traer* es *traje*, aunque dicen haber oído *truje* a la «gente antigua» y a los de El Carrizal, que es un caserío vecino.

El auxiliar *haber* adopta la forma [*á*] para la primera persona del singular del presente de indicativo y [*ámoʰ*] para la primera del plural: *yo ha sentido, no la hamos visto*. El presente de subjuntivo es *haiga, háigamoh*, etc.

Por último, hemos recogido el futuro *dicerán* ([*diṣərãŋ*]) 'dirán'.

Los tiempos verbales efectivamente empleados son pocos y puede decirse que los compuestos son insólitos, salvo el perfecto actual.

Son usuales el presente, imperfecto, perfecto absoluto y perfecto actual de indicativo. El futuro es insólito en el valor propio de futuro, pero se le oye con el valor modal dubitativo: *lo decirán* 'lo dirán' = 'es probable que lo digan'. El futuro hipotético es más raro aún, pero aparece con matiz dubitativo o de deseo: *me gustaría*. En las condicionales lo sustituye normalmente el imperfecto de indicativo: *si pudiera, lo compraba*. En el campo del pasado no se distingue entre la esfera del presente y la de lo pretérito, como ocurre de una manera general en la norma canaria de todos los niveles de habla. El pretérito perfecto absoluto implica sólo una visión puntual, mientras que el perfecto actual engloba la visión de un espacio de tiempo más o menos largo. *Yo ha sentido* significa 'yo he oído con frecuencia'; *no la hamos visto* quiere decir 'no la hemos visto nunca o en este tiempo', etc. Como dice Diego Catalán, «el pretérito compuesto se emplea sólo, como en español preclásico, para indicar una acción durativa (o reiterada) que se prolonga hasta el presente, o una acción que ha producido un estado que persiste en el momento de hablar; el pretérito simple continúa usándose para expresar las acciones puntuales, aun cuando hayan ocurrido en el "presente ampliado" o incluso en un momento inmediatamente anterior al presente gramatical».[1]

El pretérito de los verbos *-ar* en *-emos* tiene un apoyo estructural que lo hace bastante resistente: de un lado se opone al presente de indicativo *(cantamos)* y de otro al de subjuntivo *(cántemos)*.

Del Subjuntivo se emplean comúnmente el presente y el imperfecto, sin ninguna peculiaridad notable.

ADVERBIOS.—Hemos recogido *alantre* 'delante', *drento, dihpuéh* y variantes fonéticas. *Dianteh* parece bastante estable: *dianteh la gente...* 'antes, antiguamente'... *Entavía* alterna con *tavía*. *Arriba* significa 'encima' y llega a usarse como preposición al debilitarse *de: arribál muro* 'encima del muro'. El diminutivo *orita* tiene un valor intensivo 'ahora mismo': *orita vienel día*.

[1] Vid. *El español en Canarias*, ya citado.

Acabante se usa con *de* + infinitivo, aunque a veces no se oye la preposición. *Está acabante de llegar* significa 'está acabado de llegar o recién llegado'.

PREPOSICIONES.— *De* (o *di*) alterna con la forma desgastada *e* o desaparece: *maná e cabra, crehta e rosa, chihp ä fuego, tronco palma, Cumbre Bolico, vuelta carnero.* No desaparece, sin embargo, cuando el carácter más objetivo de la relación la exige: *entretenido de los oídos* 'sordo', *la primera entrada del Sul* 'desde el Sur', *le van dando vuelta de un sitio y de otro. Para* es siempre *pa: bueno pa pariar* 'para aparear', *pal que cría piojos*, etc.

Sobre la hemos encontrado con significado local sólo con *de: sobre de unah parrillah.* Sola significa tiempo aproximado: *sobre la tarde.*

Con *a* aparecen expresiones adverbiales del tipo *al socojo* 'en bandolera, bajo el brazo', *al mochazo* 'a golpes'.

El giro *no siendo* vale como 'excepto': *no siendo las hojas, todos son hijos.* Encuentro también *alredor* 'alrededor'.

CONJUNCIONES.—La conjunción *o* es casi siempre *u* entre los viejos: *con harnero u cedazo, encarnada u blanca u negra u amarilla* (los colores de la erisipela). Recogí también la fórmula distributiva o bien... o bien: *o bien a máquina o bien drentol tohtador.*

La sintaxis se caracteriza, como en todas estas hablas rústicas, por la escasez de conjunciones o de expresiones conjuntivas y por la falta de coherencia en el uso de los procedimientos sintagmáticos que el sistema ofrece.

Normalmente las frases se enlazan unas a otras por la conjunción *y*, o se juntan simplemente: «ponían uno arriba di otro y le daban vuelta así con la mano y hacíamos ya el gofio» (P).

«Cogiban una lata, la juraban muy finita y después ponían alredor una cosa de madera y después se ponían a cernir...» (B).

En la construcción impersonal, *haber* concierta con su objeto: *habían hornos,* y tiene el sentido temporal que en el español general posee la fórmula con hacer: *hay tiempo* 'hace tiempo'.

El léxico

Nosotros creemos que el léxico puede y debe estudiarse estructuralmente. No se trata nunca de una masa informe —aunque lo parezca a cualquiera que hojee diccionarios o vocabularios—, sino de la suma de multitud de pequeños conjuntos que representan un análisis lingüístico —estrictamente lingüístico— de parcelas de la realidad. A estos conjuntos llamamos campos semánticos o paradigmas léxicos, porque en su interior se dan relaciones opositivas semejantes a las que se registran en los planos más formalizados de la lengua. Lo importante en el estudio del contenido léxico es determinar la organización lingüística de cada zona conceptual. Se trata menos de determinar el valor aislado de cada palabra y las vicisitudes de sus cambios fonéticos y semánticos que de establecer su función significativa en el seno de un conjunto coherente y la naturaleza de sus relaciones en él. Es la estructura del significado, determinada por las diferencias léxicas en el plano del significante, lo que interesa aquí fundamentalmente y no la historia de cada significante con su significado, considerada separadamente.

La naturaleza de esta exposición y lo limitado de nuestra información nos impide, sin embargo, hacer un análisis exhaustivo en este sentido. Nos limitaremos, por tanto, a señalar, utilizando las zonas conceptuales delimitadas por el Cuestionario, algunos conjuntos léxicos que podrían merecer un estudio detallado.

ZONA CONCEPTUAL DEL CUERPO HUMANO. Algunos contenidos aumentan su extensión: *barba* es tanto 'mandíbula' como 'barba'; el *carril* es la mejilla y *las sienes* abarcan el significado 'cejas', hasta el límite de los *pápados*. La nuca es el *tornillo* con un valor más general de 'articulación', extensivo a otras: *el tornillo del brazo*. *Esnuncarse* es propiamente 'romperse una articulación': *se esnuncó la mano*. Sin complemento es 'desnucarse'.

Garganta se opone a *guargüelo* 'garganta de los animales'. El que tiene *erna* 'hernia' es un *quebrado*, y el que tiene *peta* 'joroba', un *petudo*.

Bajarse o *abajarse* 'agacharse' se opone a *acorcullarse* 'ponerse en cuclillas' y a *jincarse* (hincarse) 'ponerse de rodillas'. *Patada* es 'puntapié y 'coz', aunque conocen *coce* (coz). El *tobillo* linda con la *canilla* que comprende también el significado 'espinilla'.

Puño puede ser también 'puñado' y se opone en este sentido a *embozada* 'almorzada'. El índice es la *llave*, seguido del *dedo del corazón*. El *hijo* es el meñique y el *padre* el pulgar. *Padrejones* son los padrastros del dedo.

Cuando se tiene hambre *se esmaya* uno; después de comer *rota* o *arrota* 'eructa'. A la *garraspera* 'carraspera' sigue el *escarro* 'gargajo'. Las *regolduras* 'náuseas' son ganas de *arrojar* 'vomitar'. El aire que se expulsa por la boca es *vajo* (vaho). En los ojos sale *cerilla* 'legañas' y *berrugote* o *torzuelo* 'orzuelo'. El que tuerce un ojo es *bijo* 'bizco' y el que usa la izquierda *cañoto* o *zurdo*.

El tartamudo es *gago*, que se opone a *fañoso* 'gangoso'.

En la piel pueden salir *sarpullo* 'salpullido', *golondrillas* 'golondrinos' y *granos bobos* 'ántrax', pero todos se agrupan bajo el archilexema *grano*. La gallina da un *picazo* 'picotazo' en la piel y el gato un *rajunazo* 'rasguño'.

La mujer se adorna las orejas con *zarcillos* o *aretas* 'pendientes grandes', y el cuello con *collar* o *gargantilla*. A las vacas se les pone también un collar con campanillas, en cierta fiesta: *las colleras*.

ZONA CONCEPTUAL DE LA VIVIENDA Y OCUPACIONES DOMÉSTICAS. La puerta está encajada entre *molduras* 'marco': en la parte alta está el *sobre* 'dintel'. La puerta se *tranca* con *fechillo* 'cerrojo', *pestillera* 'cerradura' o *fuerte* 'tranca'.

Los *animales*, que son sólo los domésticos y útiles en oposición a los *bichos*, se guardan en *goros* 'para los *cochinos* y *cabras*', y en *cuadras* o *gañanías* 'establos' y beben en la *pila*. Los animales comen en el *dornajo* u *ornajo* y el cerdo en la *pileta*. Las manos se lavan en la *bañadera* 'palangana', que se coloca en el *aguamanos* 'palanganero'.

En la casa están los *cuartos* y la *habitación* 'dormitorio'.

Al niño se le *canta* y se le *arrulla* 'mece'.

El *martillo* es pequeño y se opone a la *mandarria* o *marrón*. El *mazo* es grande, pero de madera.

La *cazuela* y la *olla* son *calderos* de barro. La *caldera* también es de barro como la *talla* o *bernegal* en que se recoge el agua de la *estiladera*. El agua se lleva en *cántaro* de barro y se guarda en *botija* (también de barro y alargada), en *jarrón* o en *tina*. El *jarro* es de aluminio y sirve para sacar el agua del bernegal. El *jarrón* puede ser también una *garrafa*. El *garrafón* es una garrafa grande.

El agua *jierve borbollotando* 'echando burbujas'. El agua del manantial también puede *borbollotar*.

ZONA CONCEPTUAL DE LA FAMILIA Y DEL CICLO DE LA VIDA. Los que viven juntos pero no casados son *masones*, viven *amasonados* 'amancebados'.

La primera leche, tanto en la mujer como en los animales, es *belete*. Al niño que va a nacer se le prepara la *ropita* 'canastilla'. Si nacen dos se llaman *morochos* y al que no es de padre conocido se le dice *de risa*. Respecto al *padrastro* o *madrastra* se es *entenado* o *esllado* 'hijastro', y *medio hermano* 'hermanastro' con relación a los hijos de aquéllos. Se es *niño* hasta los diez años; *muchacho* entre los diez y dieciocho. En adelante, pero sobre todo después del servicio militar, se es *hombre*. *Chico* es más general y parece abarcar las edades del niño y del muchacho. Parece guardar relación con el tamaño físico. El *chiquitín* es el hijo menor, mientras sea pequeño.

La mujer que se da *pompa* es *donosa* 'coqueta' y la que va mucho a misa *santurrona* o *biata*.

El que no tiene valor para enfrentarse a otro es *cobarde;* pero es *miedoso* el que teme cosas inconcretas: la oscuridad, las enfermedades, etc. El que no hace nada es un *vago;* un *borracho* o un manirroto es un *perdido*.

Cuando alguien se muere lo meten en la *caja* y ésta en la *gobia* 'nicho'.

ZONA CONCEPTUAL DEL TIEMPO ATMOSFÉRICO.—La primera claridad es *el alba del día* y se dice que *está rompiendo el día*. Siguen *la mañana, el mediodía* o *el pesol día* y *la tarde*, que es cuando el sol ha declinado bastante. Luego se dice que *se está escureciendo* y que *está escurecido* o *sol puesto*. Está luego la *noche*, la *medianoche* y

la *madrugada*, que son las tres partes de la noche. *Hoy* se opone de una parte a *mañana*, *pasado mañana* y *el otro día* y de otra a *ayer*, *antier* y *antehantier*.

El viento puede ser *aire* o *viento*, si es fuerte. Este puede ser *ventarrón* o *huracán*, si es muy intenso; *temporal*, si va acompañado de aparato eléctrico y de lluvia; *viento suelto*, si no tiene dirección fija; *jusillo* (husillo) si es arremolinado. El viento del Norte es *brisa*; el del Sur, *bandero;* el del Oeste, *palmero*.

El cielo puede estar *nublado*, *empedrado* 'emborregado' o *espejado* 'claro'. *Nube* se opone a *bruma* si es a ras de suelo, y ésta a *embate* si viene del mar.

Puede *lluver* o *lluvisnar*, según la intensidad. La lluvia puede ser *posma* si es débil y fina, *chubasco* si es más fuerte, y *aguacero* si es muy intensa. Después de la lluvia *se aclara* y *escampa*.

El *rocío* cubre la hierba; el *sereno* también, pero comprende asimismo la humedad ambiente que produce el rocío. El arco iris es *arco viejo* según B y *arco ireh* según X.

En el cielo están las estrellas, o los *astres* según X. Allí están *el lucero* 'lucero de la mañana', *la estrella del pastor* 'lucero de la tarde', *el arado* 'la osa mayor' y *los ojos de Santa Lucía*. La Vía Láctea es el *camino de Santiago* y una zona oscura y sin estrellas es *la era del cielo*.

Del cielo cae a veces, según P, una *mófora* que *quema* ('seca') las plantas y una *mácula* que afecta a las *papas* y a las *batatas*.

Los meses del año siguen las denominaciones normales aunque la gente más vieja emplea aún *Sajuan* 'junio', *Santiago* 'julio', *Los Santos* 'noviembre' y *La Pascua* 'diciembre'.

ZONA CONCEPTUAL DE LOS NOMBRES TOPOGRÁFICOS.—*Camino* se opone a *carretera* porque es de tierra. Si es muy estrecho es *vereda* y una vereda estrecha es un *trillo* o *trillito*. El *atajo* o *serventía* es vereda para cortar camino.

Masca está en un *valle* en el que hay *cañadas* que se prolongan en *barrancos*. La *barranquera* es una torrentera. Las elevaciones del terreno pueden ser de varias clases: *loma* 'lomo', *peña* o *morro* si es abrupto y pétreo (El Tarucho, que tiene 400 metros de altura, es una *peña)*, *risco*, que es más pequeño y de tan difícil acceso

como la *peña, muralla* 'acantilado', *montaña* 'elevación sin árboles que puede sembrarse', *monte* 'elevación con bosque'. El precipicio es una *fuga;* pero si la parte alta es más saliente que la baja es una *ensenada.*

La tierra mezclada con agua es *barro. Fango* es el suelo pantanoso, y el suelo lleno de barro pisoteado es *patuñero. Lodo* es el agua podrida y el fondo de un charco o pozo.

El agua nace en la *fuente* o en el *naciente* (si es mucha). *Mina dura* es fuente de donde mana muy poca agua. El *malantial* o *malantiar* (G) es terreno con agua naciente, en el que se siembran ñames, y en él puede hacerse una fuente, abriendo un hueco. El agua se deposita en *charcos* y también en *chupas,* en sitios hondos en el barranco, llamados *chagüígos.* Una balsa es una *laguna.*

La piedra redonda es *callado,* sea grande o sea canto rodado. La pequeña sin forma precisa es *cascajo,* y *granizo de piedra* si es muy menuda. *Laja* es la piedra plana.

Quebrada es desprendimiento de tierra y se opone a *morrada,* si lo es de piedras.

ZONA CONCEPTUAL DEL CAMPO Y LOS CULTIVOS. El terreno sin cultivar es *campo,* que puede ser un *matorral* si hay maleza pequeña, o *manchón* si hay hierba y sirve para apacentar el ganado. El terreno cultivado puede ser una *güerta* o un *paredón,* si está escalonado en la ladera. Cualquier trozo, cultivado o no, perteneciente a alguien es un *terreno.* El terreno cultivado puede ser *de sequero* o *de riego.*

Sólo distinguen primera y segunda labor con el arado. La primera es *romper la tierra* según P, y *arar,* según G; la segunda es *barbechar,* según G, y *arar,* según P. Es curioso como, a pesar de esta diferencia de significantes, la forma de contenido es la misma.

El turno de riego es la *dula.* Se llama *dula de rebujina* cuando se riegan simultáneamente varios huertos de distintas personas.

La *semilla* (trigo, cebada, papas, batatas, etc.) se *siembra;* lo demás se *planta.* La planta ya nacida se *replanta.*

Escardar, que se hace a mano, se opone a *guataquiar,* con *guataca* 'escardillo' (también *mocho).*

En la piña de maíz distinguen *la mazaroca* 'mazorca', *la gabia* o *barba de millo,* la *fajina* 'farfolla', y el *carozo,* o *tusa* según G.

Para segar y cortar se emplean la *jose* (hoz), que es dentada, la *podona*, sin dientes y con mango, y la *rozadera*, montada en un palo largo.

El segador protege la mano con la *manija* y el *dedil* y el cuerpo con el *zamarrón*. La mies se coge en *manadas* y éstas se reúnen en *gavillas*, que una vez atadas forman el *mollo*. La *rollera* es un grupo de mollos amontonados con la espiga hacia arriba; el *frescal*, con la espiga hacia el centro de la era. La *parva* se *vira* con *jorqueta* (horqueta) y el *belgo* sirve para aventar. La paja fina que se lleva el viento es *tamo* y la gruesa *cacho*. La *cernidera* sirve para *cernir* y separar lo más granado. El *jarnero* (harnero) es la criba más fina y no está hecha de tela metálica como la *saranda* (especie de cedazo). Sirve para *ajechar* (ahechar).

El *yugo*, que es para vacas, se opone al *cango* y a la *canga*, que son para caballerías. El *cango* es para un solo animal; la *canga*, para dos.

ZONA CONCEPTUAL DE LAS INDUSTRIAS RELACIONADAS CON LA AGRICULTURA.—En el cuidado de la viña encontramos una distinción entre *cortarla* o *podarla* y el más preciso *espampanar* 'quitar los gajos, pámpanos, que no llevan uvas'.

ZONA CONCEPTUAL DE LOS VEGETALES. Entre la gran variedad de nombres registrados que podrían servir para un trabajo puramente lexicográfico haremos hincapié en unos pocos clasificadores que presentan interés semántico. En primer lugar está la oposición *mata/hierba*, en la que el primer miembro es el archilexema: toda *hierba* es *mata*, mas no a la inversa. Las *matas*, que pueden tener un tamaño considerable, pueden no servir para pastos; la hierba es siempre pasto. Otra oposición curiosa es la que se establece entre *árbol* y *ramo*, con el valor semántico 'frutal'/'no frutal'. La rama del *árbol* o del *ramo*, se puede quitar de varios modos: *esgajala* 'arrancarla de cuajo', *quebrala* 'partirla por cualquier parte', *cortala* y *podala* suponen un instrumento cortante, pero se diferencian en el fin.

Oposiciones semánticas basadas en el género son los de *ramo/rama* y la de *helecho/helecha*, que ya hemos visto.

La planta *nace* de la semilla; los nuevos *gajos* (aún no son ramas) *revientan* 'brotan'. En el hueso del melocotón se distingue entre *pipa* 'hueso' y *semilla* 'almendra del melocotón'.

De la fruta que viene pronto se dice que es *temprana*, pero del higo se dice *soplón*. Si la nuez o la almendra están vacías se les dice *fallidas* o *fullas* (esto último según G).

ZONA CONCEPTUAL DE LA VIDA PASTORIL Y GANADERIA. Las cabras pueden llevar *jierros* 'esquilas' o *cascabeles*, si son más pequeños. Las cabras se recogen en la *majada*, que es siempre alguna cueva, o en el pueblo, en un *corral*, si son muchas, y en un *goro*, si son una o dos.

La cría de la vaca es un *becerro* o *becerra*. Al año es *medio becerro*. De más del año es ya *novilla* o *novillo*. De cualquier hembra de animal en celo se dice que *está mala*, *ruin* o *en calor*.

En cuanto a los cuernos, la vaca puede ser *mocha*, sin cuernos, *escuernada* o *escuerná* (J) 'mogona', y *mal encuernada* 'con cuernos desiguales o mal puestos'.

La cabra pequeña es *baifa* hasta el año, *cabrilla* hasta los dos, y en adelante *cabra*. A la cabra *mansa* (que vive en el corral, etc.) se le dice *quirita*, y *caira* a la de manada que anda por los riscos.

El asno lechal es *burranco*, *-a*, y el garañón *burro de fiebre*. El mulo puede ser *burrero*, si es de padre asno, o *caballar* si es de padre caballo. El burro *rebuzna*, la vaca *grama*, la cabra y la oveja *belan*, el gato *magulla*, el macho cabrío *abubia*, y el cerdo *gruñe*. El cerdo es el *cochino*, *-a*, la cría es *cochinito* o *lechón* y el macho sin capar *varraco*.

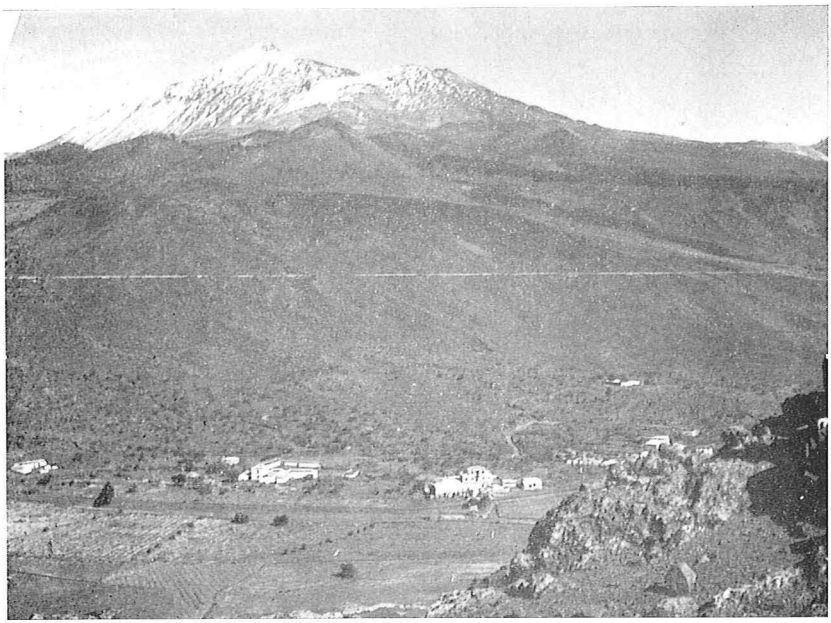
ZONA CONCEPTUAL DE LOS BICHOS. En Masca diferencian dos tipos de libélula: el *violín* 'pequeña' y el *rocano* 'grande'. La cría de la rana, el renacuajo, es el *rano*. Los lagartos son de varias clases: *lagarto*, *lagartija*, *lisa* 'amarilla y negra con brillo aceitoso', y *perenquén* 'salamanquesa'. La madriguera del conejo es la *morada* y el cubil la *gazapera* o también *madriguera*.

Nos hemos limitado a consignar unos pocos hechos aislados de diferenciación semántica, como muestra de aspectos del léxico

que deben ser estudiados ante todo y en primer lugar. No se nos oculta lo difícil que resultaría esta tarea llevada a sus justos límites, pues sería necesario un análisis meticuloso y exhaustivo de los sistemas léxicos; pero esto es precisamente lo que hasta la fecha no se ha hecho y ya es hora de que se haga.

FOTOGRAFIAS

Foto 1



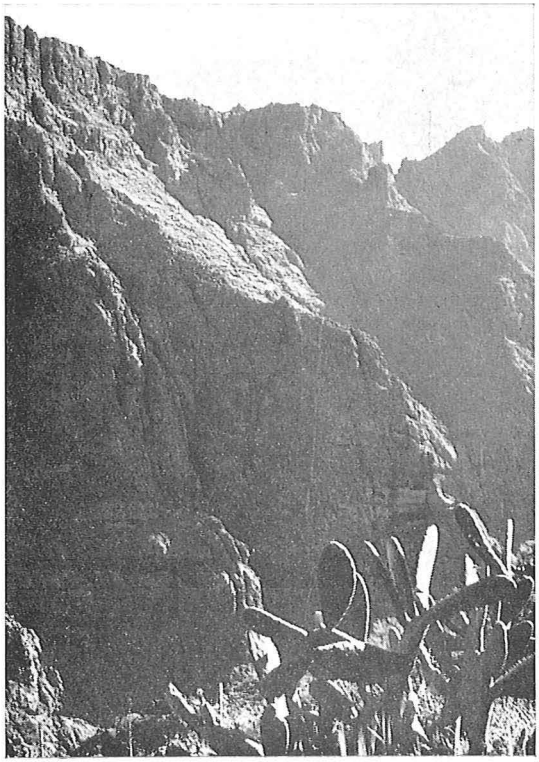


Foto 2

Foto 3

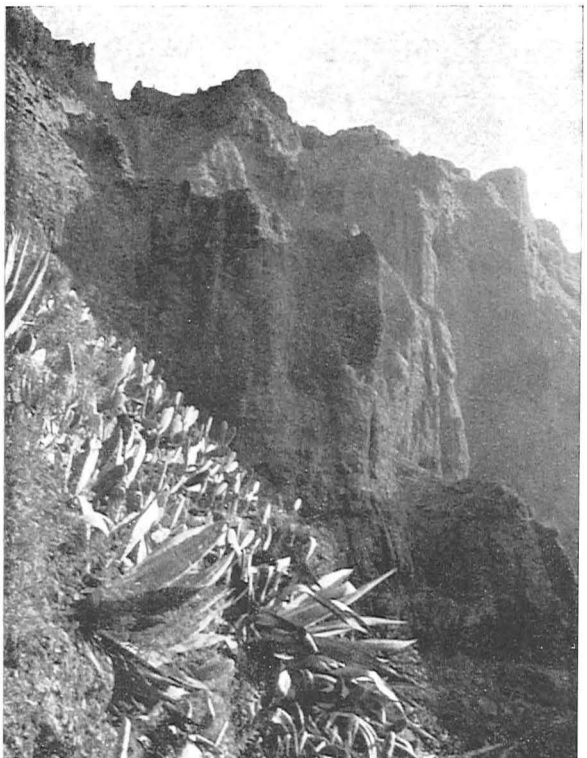


Foto 4

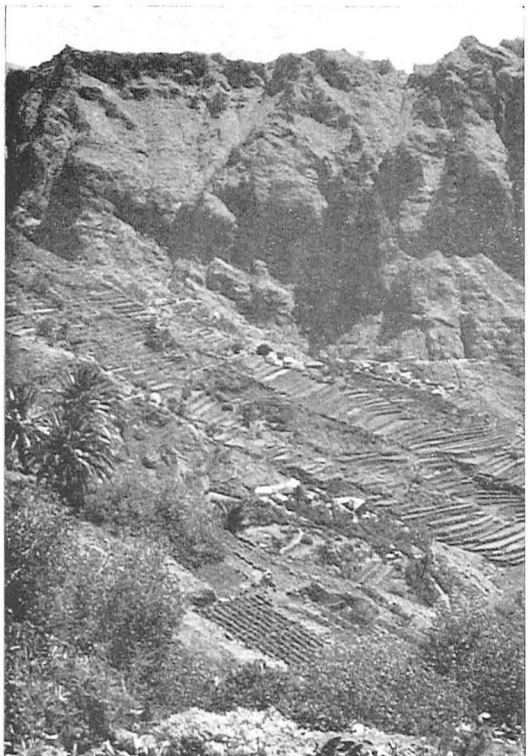


Foto 5

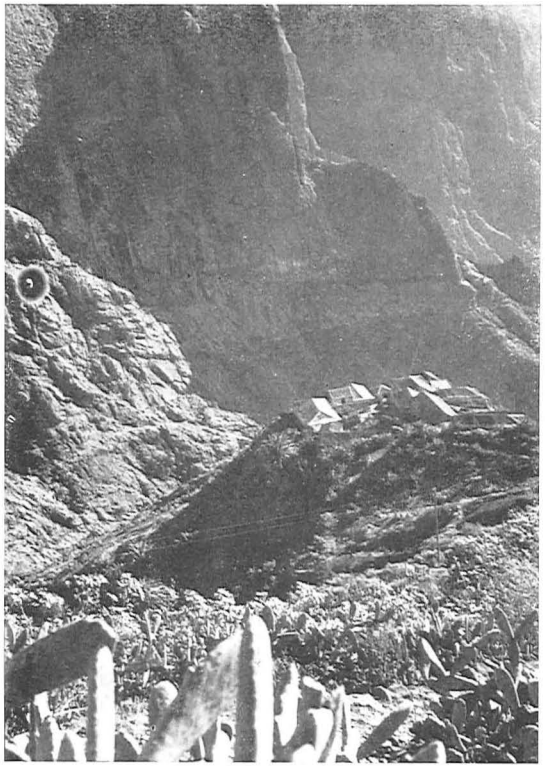


Foto 6

Foto 7

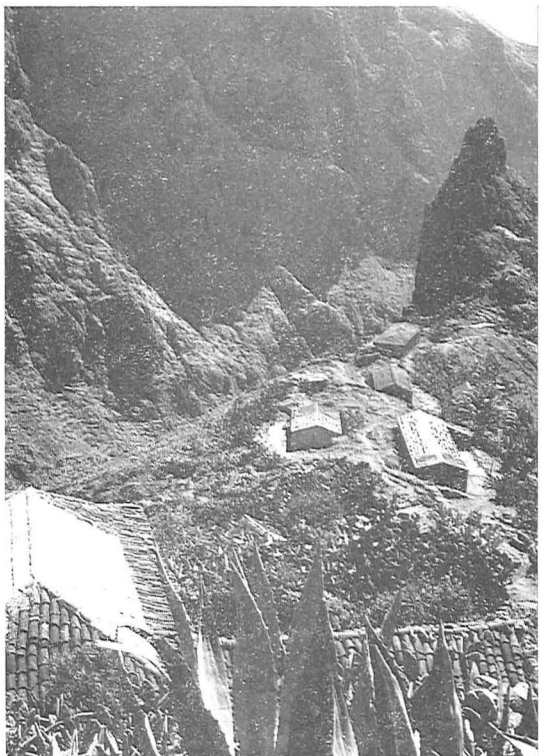


Foto 8

Foto 9

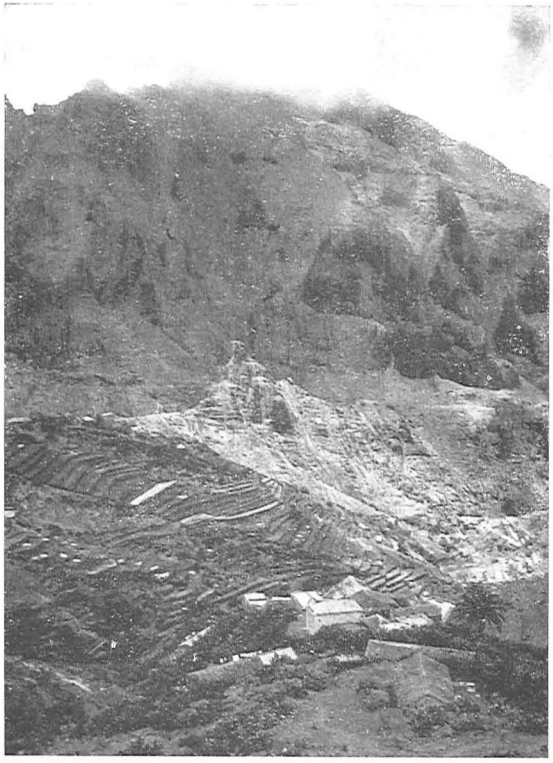


Foto 10

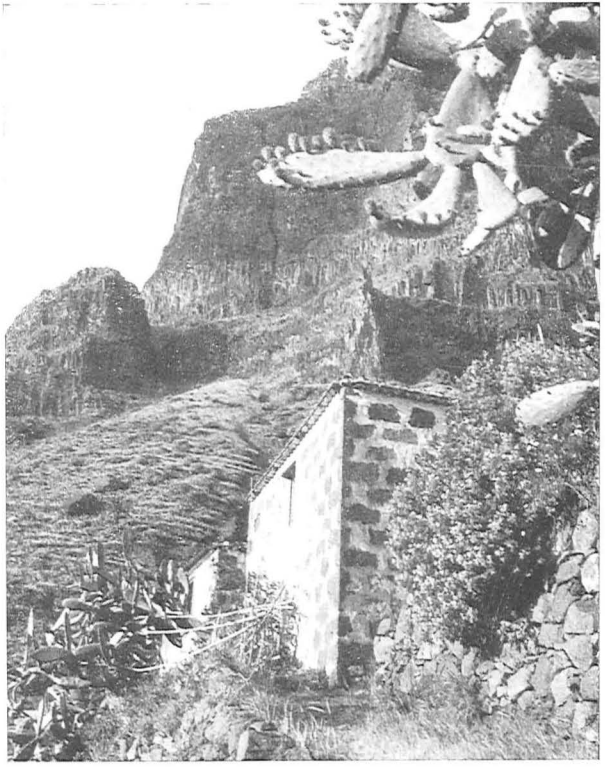


Foto 11

Foto 12

Foto 13

Foto 14

Foto 15

Foto 16

Foto 17

Foto 18

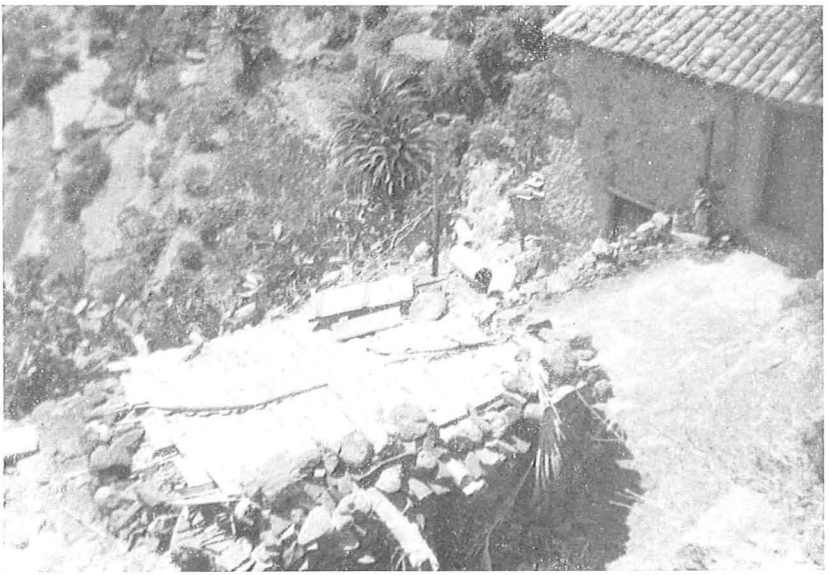


Foto 19

Foto 20

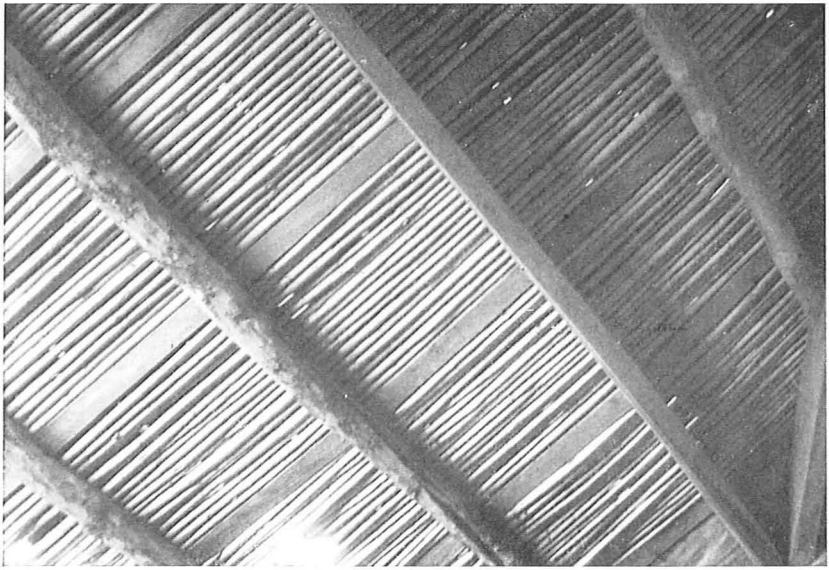


Foto 21

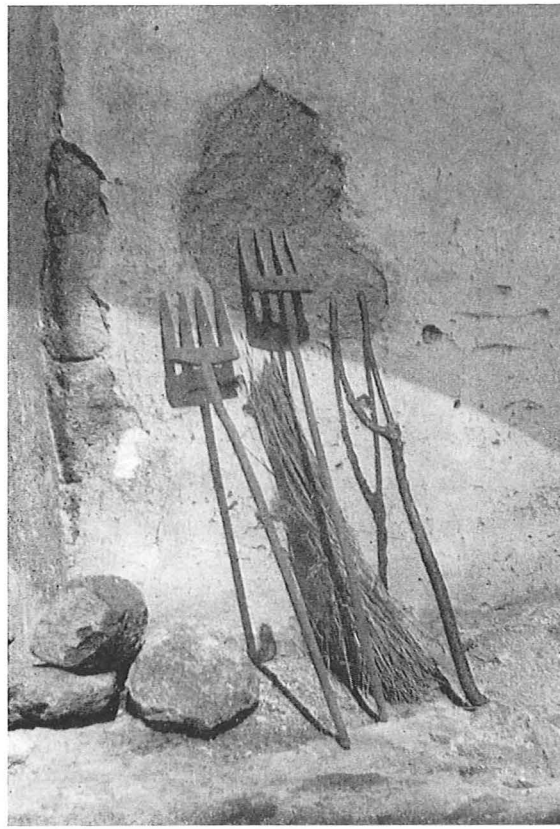


Foto 22

ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS

1. Vista parcial de Santiago del Teide, desde la «degollada» de El Cherfe.
2. Paisaje del Valle de Masca.
3. Paisaje del Valle de Masca.
4. Vista general de los caseríos de Masca.
5. Vista de Lomo de Masca, desde el camino.
6. Lomo de Masca.
7. Lomo del Medio y barranco.
8. Lomo del Medio.
9. La Bica y cultivos en la ladera.
10. Casas y «pencas».
11. Organización del cultivo: «paredones».
12. Las mujeres adornan una cruz.
13. El camino que une Lomo de Masca con Lomo del Medio y La Piedra.
14. Mujer con su carga a la cabeza. Al fondo, El Tarucho.
15. Fabricación de los «corchos».
16. Callejuela de Lomo de Masca.
17. Pasil.
18. Goro y casa, con huertos y frutales al fondo.
19. Goro.
20. Techo de una vivienda.
21. «Belgos», «jorqueta» y «mollo».
22. Cango.

NOTA.—Las fotografías numeradas del 1 al 15 han sido cedidas por Imeldo Baeza, de Puerto de la Cruz (Tenerife). Las restantes son de G. Salvador.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 9
La localidad 11
Cuestiones metodológicas 13
Los sujetos 17

FONÉTICA Y FONOLOGÍA.
El sistema vocálico 19
La norma: realizaciones de los fonemas y archifonemas vocálicos 25
La A 25
La E 27
La I 30
La O 30
La U 31
Diptongos 31
Vocales en contacto 32
El sistema consonántico 32
Las líquidas 37
Oclusivas sordas y sonoras 38
La [-d-] intervocálica y la [-d] final 42
El orden palatal 53
Las nasales 45
La S 46
La φ 50
El fonema /h/ 50

APÉNDICE.
Notas morfológicas 51
El léxico 58
Fotografías 67

ÍNDICES. 81